
La Revista de Santander

O

1931

Número 5

Cuarto tomo

SUMARIO

	Págs.
ALFONSO ESCUDERO: <i>Juanita Guindos de Montalva</i>	193
FRANCISCO CUBRÍA SAIZ: <i>Trípticos de la Montaña</i>	201
GERMÁN DEL RÍO: <i>Del Puerto. (Apuntes para su historia)</i>	209
MATEO ESCAGEDO SALMÓN: <i>Biblioteca del Camarista de Castilla Don Fernando José de Velasco y Ceballos</i>	217
JOSÉ M. ^a G. RODRÍGUEZ-ALCALDE: <i>Clarín y Menéndez Pelayo</i>	226
ANTONIO PLASENCIA: <i>Un sorbete</i>	237

La Revista de Santander

1931

Cuarto tomo

Núm. 5

JUANITA QUINDOS DE MONTALVA

Cuando me preguntan cuáles son las mejores escritoras de Chile, yo respondo: Gabriela Mistral, Juanita Quindos de Montalva, Marta Brunet.

Gabriela no necesita presentación.

A Marta también se la conoce algo.

En este artículo recordaré algunos de los merecimientos de la señora de Montalva.

* * *

De la avenida Vicuña Mackenna, «como chica que huyera de un aya demasiado estruendosa», — dijo una vez un periodista — arranca hacia el oriente «una callecita coquetona, menudita», Viña del Mar.

Una serie de chalecitos uniformes y sonrientes.

Uno, donde es difícil dar con el número 15, está casi escondido bajo una tupida enredadera que en primavera se cubre de flores blancas.

Es la residencia de Juanita Quindos de Montalva, en Santiago de Chile.

Abre una empleada de aire monjil, y estamos en un saloncito azul, todo recogimiento, tapizado de retratos y autógrafos de celebridades.

Se corre una cortina, y aparece acogedora y cordial, la escritora.

Juanita nació (hará unos treinta y cinco años) en España, en Torrelavega, en la misma provincia de Menéndez Pelayo, Pereda y Concha Espina.

En agosto de 1931, visité, en compañía de doña Julia Argumosa de León, su casa de otros tiempos, casa señorial con iglesia y cementerio familiar adjuntos.

En su cariñoso estudio sobre el autor de los *Episodios*, decía Juanita, en 1915.

«El recuerdo de Galdós lo asocia siempre mi fantasía al del rancio caserón de mis abuelos, entre picachos cobijado, que arrogante asoma sus blasones al camino real de un pueblecito montañés donde cuesta muy poco imaginarse a Jehová como Dios de las justicias».

Por línea paterna, su abuelo fué un Quindos y Madrazo, de una familia ilustre que dió a España una larga serie de músicos, pintores y escritores.

Y por todos lados, la ascendencia de Juanita está bloqueada de artistas, médicos y religiosos.

Nació en España, dije. Pero, desde chiquita, vivió en Chile, en Talca, la ciudad de los críticos, y ya allí—recuerdan sus condiscípulas—deslumbró a sus maestras, las religiosas del Sagrado Corazón, a quienes ella se refiere siempre con gratitud benévola y emocionada.

Traslado a España, allá por 1910. Y desde España, niña de sensibilidad e inteligencia ávida, viajes de estudio por diversos países de Europa.

Y después de unos años muy bien aprovechados, vuelta a Chile, que es su segunda patria, porque fué la de su marido y es la de sus hijos.

* * *

Sus actividades han sido numerosas.

Su paso por cualquier sociedad o centro, de caridad o de cultura, ha coincidido siempre, dice Eugenio Labarca, «con el período de mayor auge» de ese centro o de esa sociedad, Y las hay que le han debido mucho, como el ya fenecido *Círculo de Lectura*, de señoras; y sobre todo, la benemérita y floreciente *Cruz Blanca*, de que es alma doña Adela Edwards de Salas.

* * *

Desde niña fué Juanita aficionada a reunir autógrafos. En Europa, consiguió personalmente muchos de no pocas notabilidades; y desde Europa y desde Chile, muchos más por correspondencia o por intermedio de amigos.

Hoy, su colección de más de cuatro mil autógrafos, es, sin duda, notable en cualquier lugar que se la presente.

Desde las paredes de su saloncito azul, ya empieza a ver el visitante la riqueza de escrituras: Pío X, Napoleón I, Carmen Sylva, Menéndez

Pelayo, Tolstoy (enviado el 15 de octubre de 1910), quince días antes de huir de su casa y veinticinco antes de su muerte), Alfonso XIII, Brandes, Castelar, Rodin, Julio Romero de Torres («A Juanita, chica única en talento»), Canalejas, Maura, Dato, Granados, Galdós, Cajal, Tagore, Sorolla, Benlliure, Rusiñol, la Pawlowa, Amadeo Vives, Mussolini, Gorki, Liszt, Caruso, Berthelot, Lloyd George, Kipling, Sun Yat Sen, Chesterton; casi todos los nombres de la literatura francesa del siglo XIX, y los de muchos otros sabios, artistas y gobernantes.

Y sucedió que, mirando, mirando letras de personas cuyo modo de ser conocía, Juanita fué, poco a poco, notando que personas de tales o cuales cualidades poseían tales o cuales rasgos dominantes en su escritura; que había una relación íntima entre la letra y el carácter; que la letra es el retrato del espíritu.

Había llegado, inconscientemente, a la grafología, «la cazadora de almas».

«Alma hecha signo, condensación precisa y preciosa de la psique humana, es tan rico su poder expresivo, que la grafología llega hasta a traicionar a quien, de buena o mala fe, intente traicionarla».

Ciencia aliada del psicólogo, del psiquiatra, de los educadores, de la justicia.

Ciencia bruja y apasionadora.

Y Juanita, convertida en *Profesor Tagore* (de la *Société de Graphologie*, de París), la ha ejercido con todo éxito, durante varios años, en el más antiguo y más literario de los diarios chilenos, *El Mercurio*; y en reuniones de sociedad, donde su charla animada, irradiante, torrente ordenado de palabras hermosas, es, siempre, una fiesta.

A este propósito, escribió una vez el crítico de *La Nación*, de Santiago, Hernán Díaz Arrieta (Alone), que no se distingue precisamente por su benevolencia para con Juanita Quindos:

«Testigos de sus diagnósticos, podemos declarar que, en muchas ocasiones, nos ha revelado cosas nuevas y sorprendentes sobre personas que creíamos conocer a fondo; más aún, sobre nosotros mismos, y siempre la experiencia de los hechos ha confirmado casi matemáticamente, de un modo prodigioso, lo que le había dicho un examen de cinco minutos».

Por mi parte, yo, muchas veces, le he llevado trabajos escritos de centenares de alumnos míos de diversas edades; y ella, sin conocer a los firmantes, va mirando ligeramente cada trabajo y leyéndome —con exactitud desconcertante— el alma de cada alumno.

Ciencia bruja, apasionadora, sobre todo cuando la practica un grafólogo como Juanita Quindos de Montalva.

* * *

Pero no sólo es grafóloga.

La charla de sociedad tiene en Juanita su mejor representante chileno.

Y acerca de la conferenciante, cedo, otra vez, la palabra a Hernán Díaz:

«Posee la primera condición de la buena oratoria, el entusiasmo, palabra admirable que etimológicamente significa «en el soplo de Dios», la abundancia interna y comunicativa de emociones, el don de las imágenes felices, fáciles y sugerentes y la justa medida para regular sus ideas y ponerlas en orden...

»Tiene, luego, otra cualidad rara: la erudición extensa y oportuna. Ginés de Alcántara encuentra siempre en el vasto repertorio de sus lecturas el recuerdo preciso, la cita luminosa que confirma un pensamiento y apoya una argumentación, la frase bella, la anécdota significativa, el rasgo conmovedor para iniciar o concluir sus exposiciones de hechos y sistemas».

* * *

Y además de la intérprete del alma y de la mujer irradiante que habla, hay la mujer que escribe: «Ginés de Alcántara», G. (inés) o J (Juanita).

Qué escribe, como habla, admirablemente.

Ha escrito, en diversas publicaciones, cuentos, críticas, comentarios, notas de actualidad y una infinidad de esos párrafos entre crónica, opinión y poema lírico.

En *El Mercurio*, de Santiago, fuera del consultorio grafológico firmado por el «Profesor Tagore», tuvo «Ginés de Alcántara», durante varios años, una sección titulada *Autores y libros*, impregnada de comprensión, simpatía, saber y hasta ahora continúa formando parte de la redacción del gran diario.

Uno de sus recursos predilectos es la sonrisa.

«Las Academias—que suelen ser Senados por la edad de sus miembros—(dice), no la cultivan, por temor a que descubran sus dientes postizos».

Como Ramiro de Maeztu, Juanita habría podido titular «Ensayos en simpatía», sus notas críticas; pero, sin pretensiones, ha preferido, al hablar de Gabriela Mistral, llamarlas sólo «impresiones intuitivas».

Impresiones que, muchas veces, son verdaderos elogios líricos.

Y es que Juanita es benévola, ante todo porque «todo buen psicólogo es un gran misericordioso», y porque, como decía Sainte-Beuve, «las actitudes hostiles son siempre las menos inteligentes».

Y si alguna vez apalea, apalea preferentemente a los canallas, a los sinvergüenzas y aun en esos casos lo hace de un modo suave, sin alarma, como persona que dispone de muchos medios para castigar a un mal escritor o a un mal hombre. Y a veces es más simpático estrangular con una guía de enredaderas floridas.

* * *

Mujer todo nobleza de carácter y sentido de lo bello, estético y moral, ha escrito, con Manzoni: «Hay sentimientos de los cuales el mundo sufre penuria y que los escritores, cada uno, según sus fuerzas, deberían intentar difundir: la misericordia, el amor al prójimo, la dulzura, la indulgencia, el sacrificio de sí mismo. De esto nunca poseeremos en demasía. Jamás podremos decir que hay exceso. Benditos sean los escritores que intenten hacer florecer tales sentimientos en el mundo».

Españolísima, con sus ribetes de fatalismo, quizá atávico, gran intuitiva, espíritu todo vibración cordial, alma apasionadamente abierta a todo lo bello, generosa, vehemente ha dicho a propósito de Chaliapin:

»Nuestro provinciano temor al ridículo nos hace creernos elegantes ciudadanos de la Serenidad, cuando nuestra displicencia frente al espectáculo estéticamente puro bastaría para acreditarlos de ciudadanos permanentes y bien hallados de Beocia.

Continuamente renunciamos a la largueza del alma...

Regateamos al auténtico artista la admiración expresiva, el aliento cordial, el elogio caldeado de emoción, el aplauso estimulante.

Y como no damos, es igual que si no poseyéramos».

* * *

Secretaria fundadora de la *Cruz Blanca* (una de las instituciones más trascendental y santamente admirables que haya realizado en Chile la iniciativa particular de un grupo de damas de la aristocracia), y mujer que, desde ese cargo, ha vivido muchas horas de audiencia con el dolor y la maldad humana: sin ser una abanderada del feminismo—que ella preferiría llamar «hominismo»—es partidaria decidida del sufragio de la mujer.

* * *

«A una caricia del Destino», «a un privilegio de la vida», atribuye Juanita el haber sido amiga de nuestra Rebeca Matte.

»Y desde 1927 hasta ahora, ha venido cantando una verdadera elegía multiforme, primero a la hija de la amiga, Lily Iñiguez Matte, la poetisa, esa flor de idealidad cuya *Brève Chanson* no pasó más allá de los 24 años; y luego a la amiga y escultora, Rebeca Matte Bello, «esa mujer que no pudo con su alma».

En el Homenaje de la Universidad Católica a Lily:

«Vivió veinticuatro años, como la cándida Amada del Alighieri.

»Soñó en jardines silenciosos, que eran como paisaje puesto en verso.

»Oyó los primeros llamados a la oblación en la única ciudad del mundo que puede alzarse en forma de cáliz a recoger el dolor humano, Florencia «sobria e pudica», que dijo Dante.

»Y murió en una montaña, como el Cristo en quien creyó, y llevando como Él, el dolor de una madre abrazado a los pies del madero resplandeciente».

En otra parte:

«Quienes conocieron a Lily, hablan de una majestad pudorosa, como de princesa que siempre estuviera dando audiencia a unos embajadores invisibles».

Al morir Rebeca, en su Torrosa florentina:

«Pórtico de sombra. Puertas bruñidas. Entre el oscuro y hondo verdor rumoroso de esos cipreses, el alma sobre sus alas, como las pájaros, para salirle al encuentro a la canción de cuna que hoy, poco a poco, llega a la vida desde la eternidad.

»Canción de madre que en un jardín de nostalgias se quedó dormida arrullando a su hija...

»En el recogimiento punzante de esta hora de primavera con dolor, somos muchos a quienes nos traspasa a la mirada—reposo, fortaleza, dulzura—que esa mujer dejó atrás por los caminos del mundo.

»De esa mujer—armadura en el combate, sombra en la reverberación, fuente y sostén de poesía—que soñó en volver tal día como hoy, para abrir, a los desamparados, esta «Casa de Lily». Y que no volvió nunca».

* * *

Y ahora, para concluir, una nota periodística que es un pedazo de la vida de Juanita:

«EL DISFRAZ

Retozó, canturreó, alborotó y comenzó a vestirse de payaso. Mejor dicho, entre de tony y de payaso. Y cada prenda que se ponía, era una mirada de triunfo en el espejo. Los pantalones, blancos, como de músico

negro. El cuello, de puntas inverosímiles. El corbatín, minúsculo. Y e chaqué, opulento, de colas que besaban humildemente los talones.¹ Aquellas no eran las colas de un chaqué. Eran las colas encoladas de dos cometas.

En realidad, el chiquillo, se sentía el centro de un sistema planetario constituido por los ojitos envidiosos de la hermanita, que relucían, melancólicos, como dos estrellas.

Una columbeta soberbia ante el espejo. Un violento y filosófico flinflán en los bolsillos del pantalón: hinchados de alegría, deshinchados de dinero. Y... la constatación desgarradora:—Mamá, no tengo sombrero. Y con la falta que me hace el «colerito».

¡El «colerito»—como todo el disfraz—del año pasado! ¿Dónde buscarlo? Por la ventana penetraban los ruidos de pitos, sonajas y tambores. Una «marcha triunfal» de todos los chiquillos de la calle, remozando, con grabados enternecedores y absurdos, la épica inmortal, pero ya bastante envejecida, de Rubén.

Y ese «colerito» que no aparecía. Armarios patas arriba. Cajas destripadas. Encaramaduras fantásticas de equilibrio, en todas las sillas. La hermanita levantaba los colchones y miraba debajo de las camas. Pero el colerito no salía...

Los suspiros del chiquillo habrían servido para inflar un globo.

Un violento tirón a un envoltorio y algo que se viene al suelo:

—¡El «colero» viejo de mi papá!

Aún no se verificaba la constatación, cuando ya aparecía el «colero» sobre el cráneo de pelos en discordia del chiquillo.

¡El sombrero de copa del día de la boda!

La madre viuda supo lo que era sonreír agonizando.

—¿Me lo pongo, mamá?

—Sí, hijo, pónelo.

El niño se lo encasquetó hasta los ojos.

Desde la calle, le hizo a la madre, en el balcón, un saludo magnífico. Al estilo de Mussolini.

Claro, bien lo sabía la madre, también él era dictador.

Y la mujer sintió, con ese ademán de su hijo, como si todos los recuerdos—poesía, ausencia, soledad—que iban encerrados en ese sombrero de copa, desplegasen las alas en la mañana de primavera.

Y se echasen, románticamente, a volar».

* * *

¿Algunos defectos?

Sí.

La costumbre de hacer diagnósticos grafológicos ha influido en su manera de escribir; y además, cuando escribe, alma apasionada y de enorme riqueza ideológica, suele, por falta de tiempo para podar, inclinarse a la amplificación de la frase, con desmedro de la precisión.

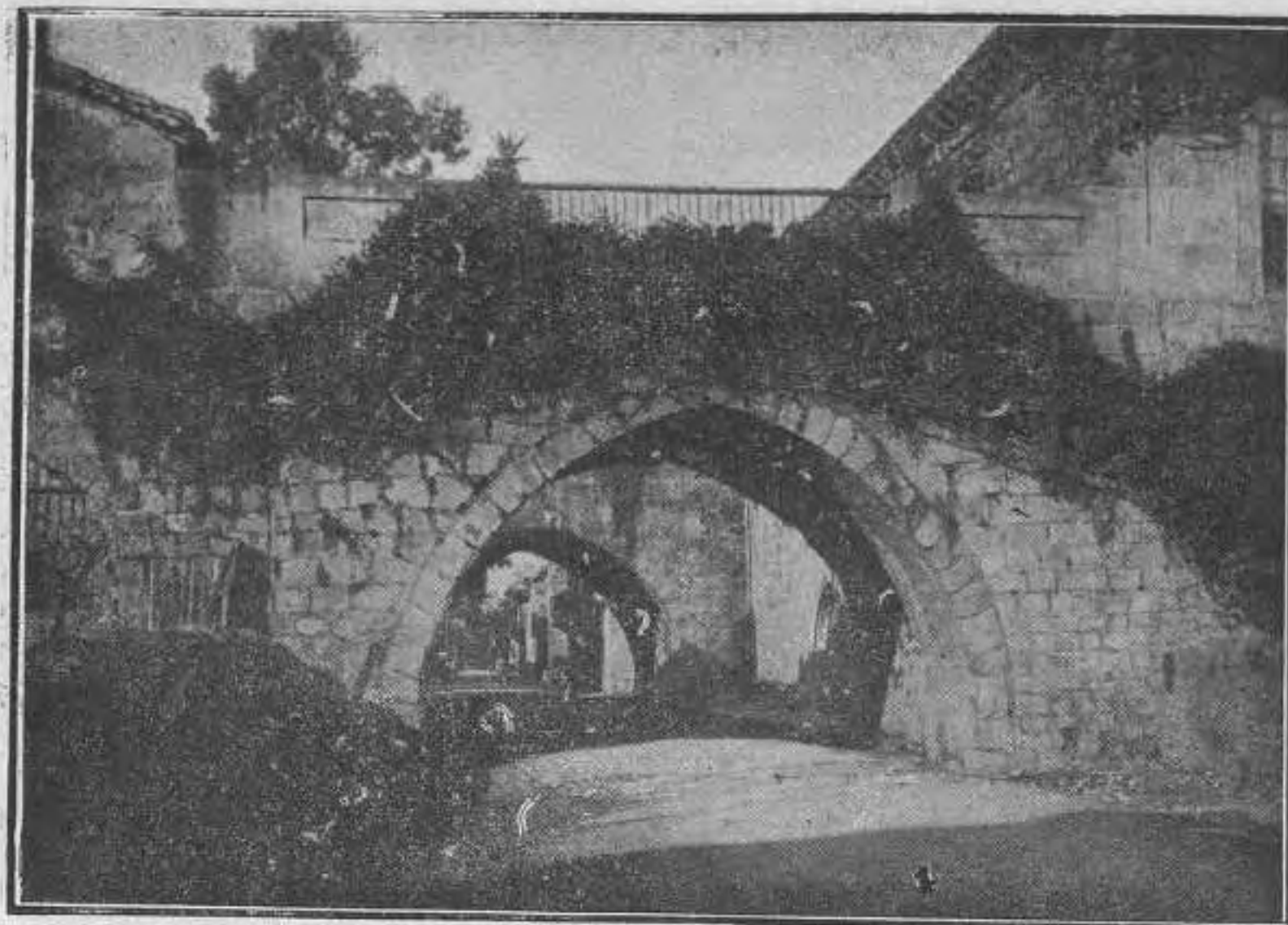
Sin embargo, el pero más grave que se le puede hacer, es que, miembro de varias sociedades o centros de cultura o de caridad, «habladora» en las más solemnes reuniones profanas de carácter católico; madre que sabe serlo; alma visitada, en diversas formas y ocasiones, por el dolor, «la gran nobleza»: periodista; persona asediada en su casa por centenares de visitantes que buscan su charla; y sobre todo, la amiga de lujo de no pocos salones santiaguinos de selección: así, con tanta actividad desparramada que le ha impuesto la vida, no le queda tiempo para dar los últimos toques a sus materiales y reunir en volumen obras como sus observaciones de verdad interior sobre grafología y psicología (*¿Lumbre de llamas?*); el que podría titularse *El Libro de Rebeca Matte*: sus admirables notas en prosa poemática, espontáneamente poemática; y tantas otras páginas inolvidables que Juanita nos debe, y debe darnos.

* * *

¿Estará reservada a Ricardo Baeza y a María Martos de Baeza, Embajadores de la República Española ante la República de Chile, la publicación del primer libro de Juanita Quindos de Montalva?

ALFONSO ESCUDERO,
AGUSTINO.

Santiago, febrero de 1932.
Casilla 3912.



TRÍPTICOS DE LA MONTAÑA

(Continuación)

XIII.—VIEJAS DEFENSAS

EL TORREÓN

Ya no son los torreones más que una casa o una ruina. Y de su vieja gravedad quedará poco más que el retumbar de la voz o de la pisada entre sus muros.

Pero, en cambio, habrá nacido en ellos una belleza nueva: En ruinas, crecerán malezas sobre los paredones y anidarán murciélagos en sus resquicios; habitados, brotarán ventanas floridas y colgarán en sus fachadas jaulas de malvises silbadores.

Y del antiguo torreón, solo quedará en realidad, sea ruina o palacio, la leyenda confusa de un subterráneo encharcado y la inscripción rota de un pedrusco, que se va gastando porque es de excelente calidad para afilar los cuchillos del pueblo.



EL CASTILLO

¡Castillos de la Montaña! Cuando alguien os pregunte: «¿Cuáles son vuestras glorias?» no lancéis esa mirada hacia el pasado que es gesto de aquello que pretende vivir de una historia. Decid mejor: «Estas», que estaréis mostrándolas.

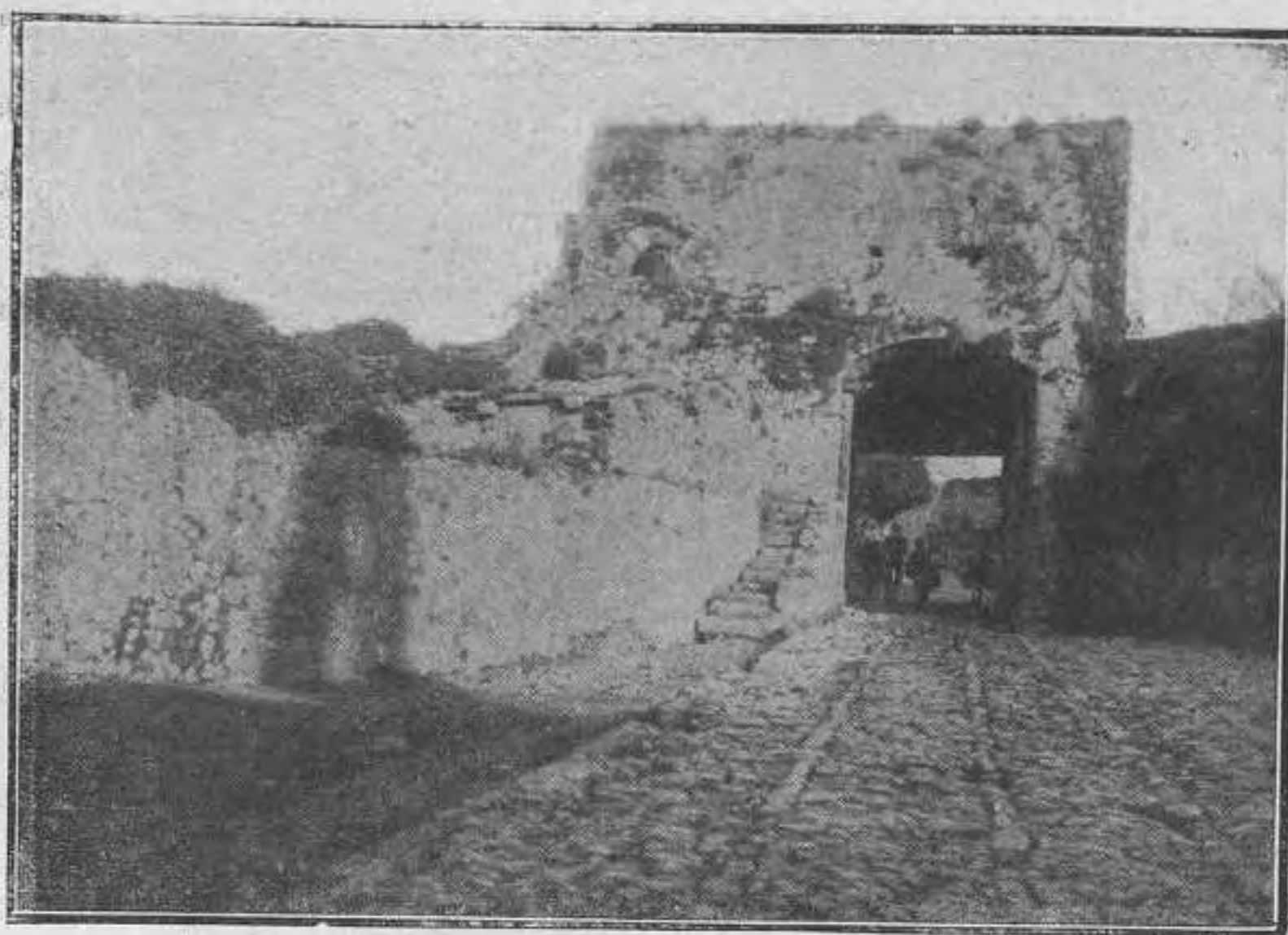
¡Castillo de Agüero, que sesteas sobre el prado custodiando, en reposo de siglos, los ganados del barrio!

¡Castillo de Argüeso, que remedas, posado en la colina, ceñido por tu muro raído, el arca salvadora de un diluvio guerrero!

¡Castillo de Castro, frente al mar, roca sobre la roca, escollo de las nubes costeras!

¡Castillo de San Vicente, espaldar de la hiedra, manojo de ruinas floridas entre los brazos tersos de la ría!

Esas son vuestras glorias de hoy. Vuestra gran victoria después de muertos: Un cuento encantador en el paisaje niño. Una leyenda viva en el paisaje grave. Una belleza eterna en el paisaje inquieto.



LA PUERTA

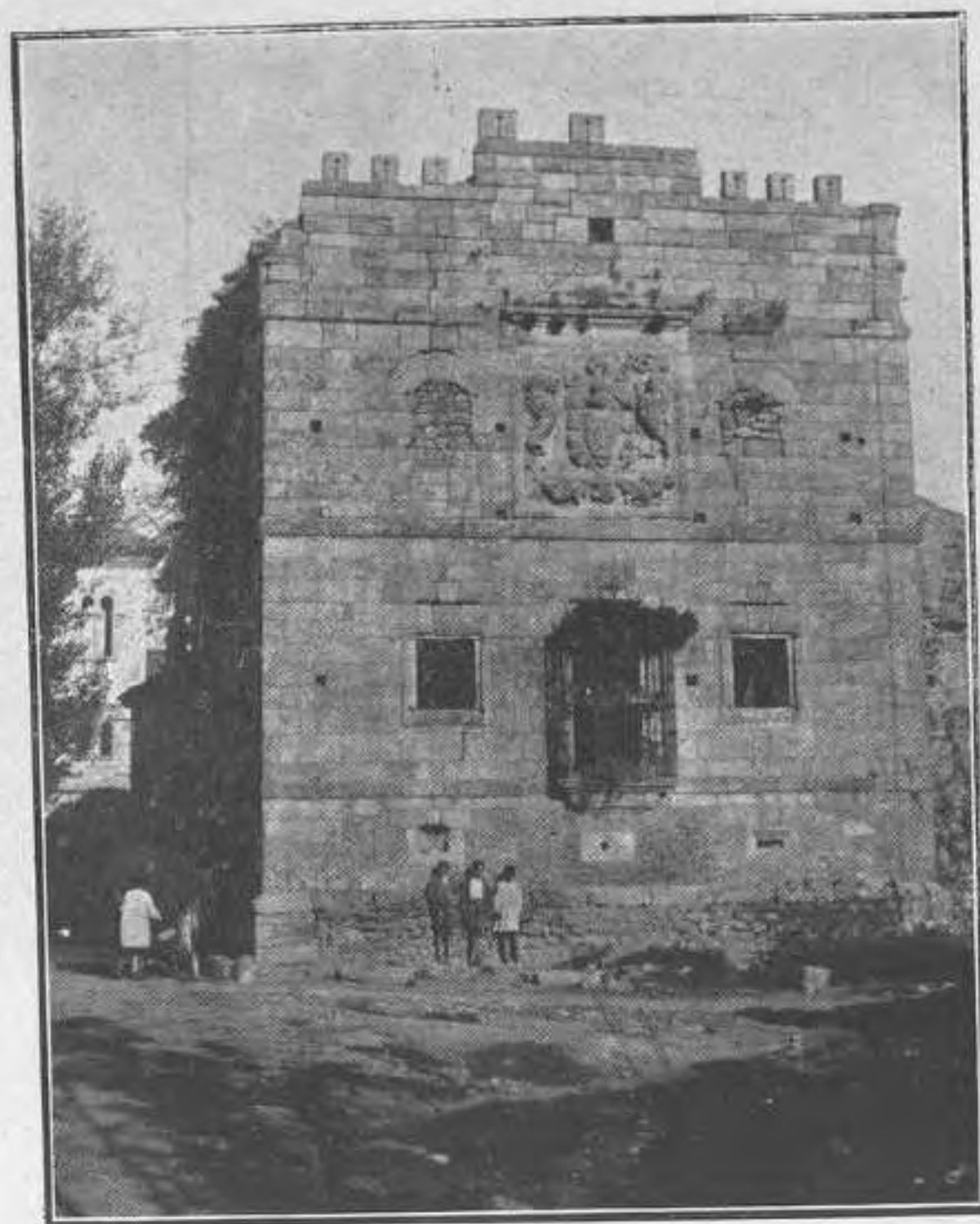
Hubo un día en que la vieja villa, a impulsos del progreso, rompió el collar de piedra con que la alhajaron los siglos guerreros.

Sus muros no habían adquirido aún el valor que asignan los años. Eran tiempos en que los hombres no rendían culto a las antiguas piedras.

Pero una puerta fué quedando, aunque no más que por que no estorbara...

Puerta que viste desfilar generaciones y generaciones y que permanece sobre la firme y ancha romana vía, angosta bajo tí por imperio de la estrategia. Vieja puerta tan despreciada de los hidalgos nuevos, que aman los caminos lisos y cómodos y fáciles al vértigo, las entradas capaces...

Pero has quedado y ya eres una alhaja de valor en la vieja villa. Porque conseguiste vencer al tiempo y rebasar la hora difícil en que dejaste de servir y no eras aún bastante vieja para triunfar por vieja solamente.



XIV.—RUINAS

LA OBRA DEL TIEMPO

Los siglos tienen uñas rapaces: uñas de sol, de lluvias y de viento, que se clavan en la argamasa y raen los sillares. Las ventanas se convierten en cuencas vacías, los herrajes se deshacen como hojaldre o se los llevan para algún remedo por cuatro cuartos.

Dentro, apenas late la vida... Las tablas negras se briznan minadas de polilla; lo antiguo se hace raro, lo moderno es precario, lo noble se patina de rústico y el edificio huele todo a cocina ahumada de guisos humildes.

Aun de lejos parecerá todo solemne cuando de cerca sea ya todo miseria. Un día comenzará el divorcio de sus piedras y al fin, cuando sobreviva malamente a su último dueño, se dejará caer de cansancio de siglos a poco que duren las particiones.

Tal es el fin de tantas grandezas; el origen de tantas ruinas.



LA OBRA DEL RAYO

Zarzas, ortigas y jaramagos entre las piedras esparcidas... Las puertas en arco ya eran solo paso de un campo a un matorral, florecido quizá de campanillas blancas—fuegos fatuos de toda una estirpe señorial—. Y en medio del prado seguía erguida la portada, trepando por ella la hiedra.

Aquella portada, que fué airosa y gallarda ante el edificio de pulidos sillares, representaba ya, aun manteniéndose inmutable, algo muy triste, como una vida sana en orfandad de toda ilusión.

Hasta que un día el formidable buril del rayo la convirtió también en ruina. Y desde entonces vuelve a haber en ella toda la belleza que desde que abría paso a unas ruinas le faltara.

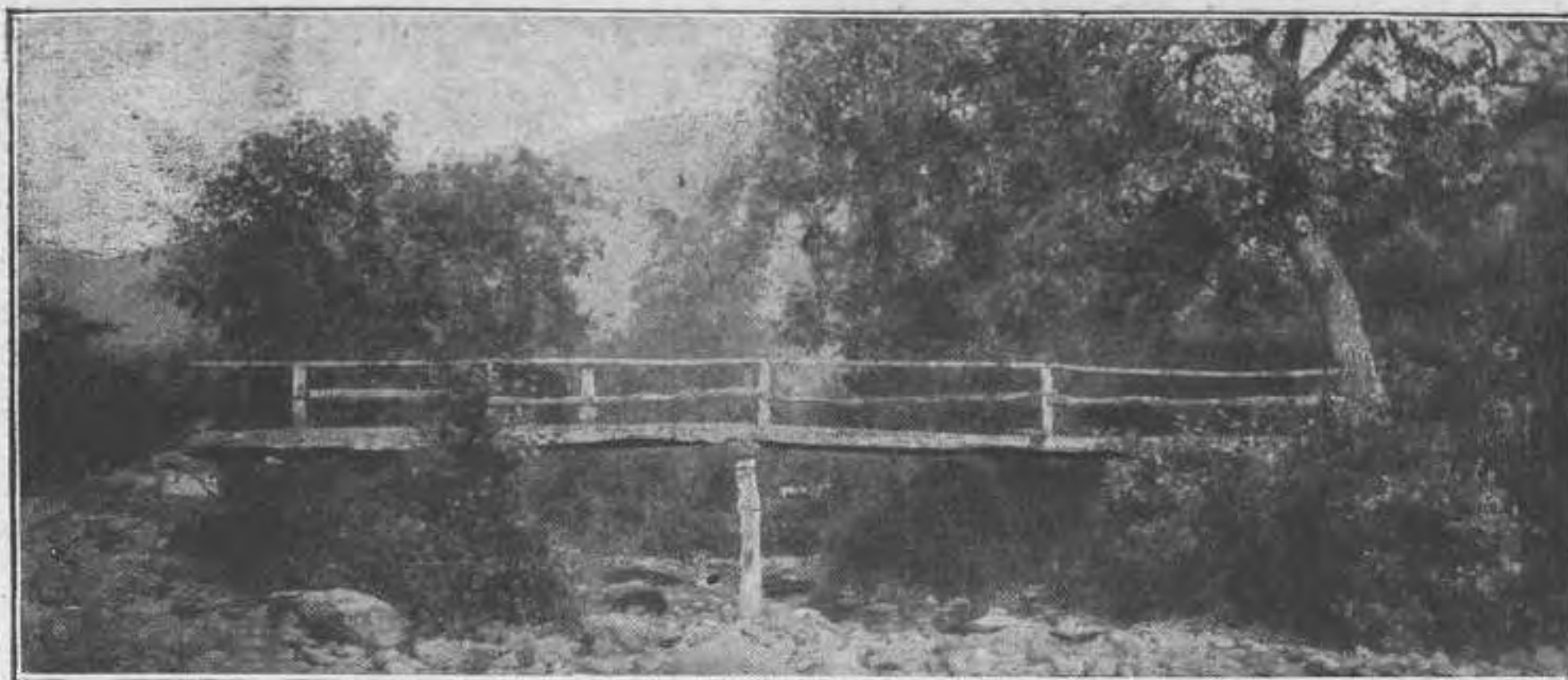


SAVIA MUERTA

Tuvo, de seguro, la vigorosa juventud de los gigantes y una madurez ópima. A su mismo pie se bailó más de una magosta; su tronco fué dosel de los idilios de varias generaciones y su sombra el salón de los grandes acuerdos del concejo.

Las flechas de los años fueron desangrando su médula y el tronco del gigante adquirió contorsiones de monstruo, ofreciendo sus entrañas a la crudeza de las estaciones.

Todo su vigor volvió al cosmos—como se dice en buena retórica—, menos la envoltura de su grandeza, que perdura a modo de grotesca mascarilla. Y los apergaminados viejos del pueblo, al pasar junto a él y ver el cielo a través de su tronco, le contemplan con una sonrisa que tiene algo de triunfo y algo también de confortadora esperanza.



AUGURIO

Vosotros, cantores del paisaje... del paisaje lozano, verde y bravo de la montaña montañesa:

Los que fuísteis antes que yo por los caminos blancos que se enroscan a los collados y exprimísteis antes que yo el zumo fresco y vigoroso de los valles y antes que yo reposásteis bajo la aureola blanca de las cumbres:

Los que buscásteis—dueños y esclavos—que os meciera en sus brazos la calma de todas las inmensidades—campo, cielo y mar del cántabro paisaje:

Los que habéis «asubiado» en el portal y probado los higos del huerto y habéis charlado en un portillo de qué tiempos aquellos con la vieja sin dientes y habéis reposado a la sombra del roble, del nogal—mal que pese a la conseja—y del castaño cuajado de erizos:

Los que os sentásteis a la larga y abundante mesa de la casona y por devoción conocéis el sabor del torrezno y el de los fisanes en puchero de barro:

Los que sufrísteis la tormenta en el bosque y vísteis brillar al nuevo sol las gotas de fresca lluvia en todas las guías de los zarzales y en el vértice de cada hoja:

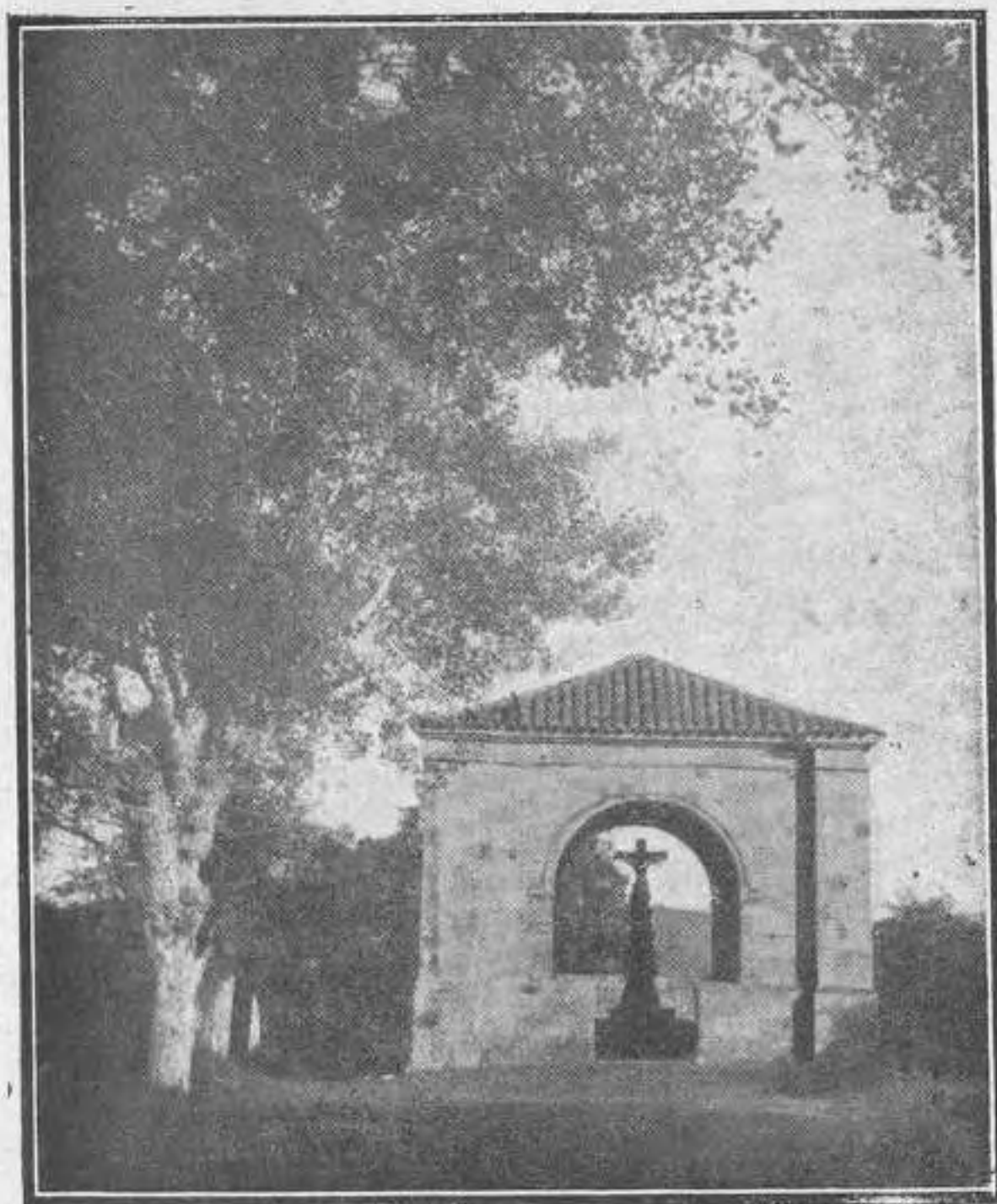
Los que rezásteis por nada y por todo ante las cruces de los humilladeros y cuando oísteis a lo lejos unas campanas claras en el silencio de la tarde:

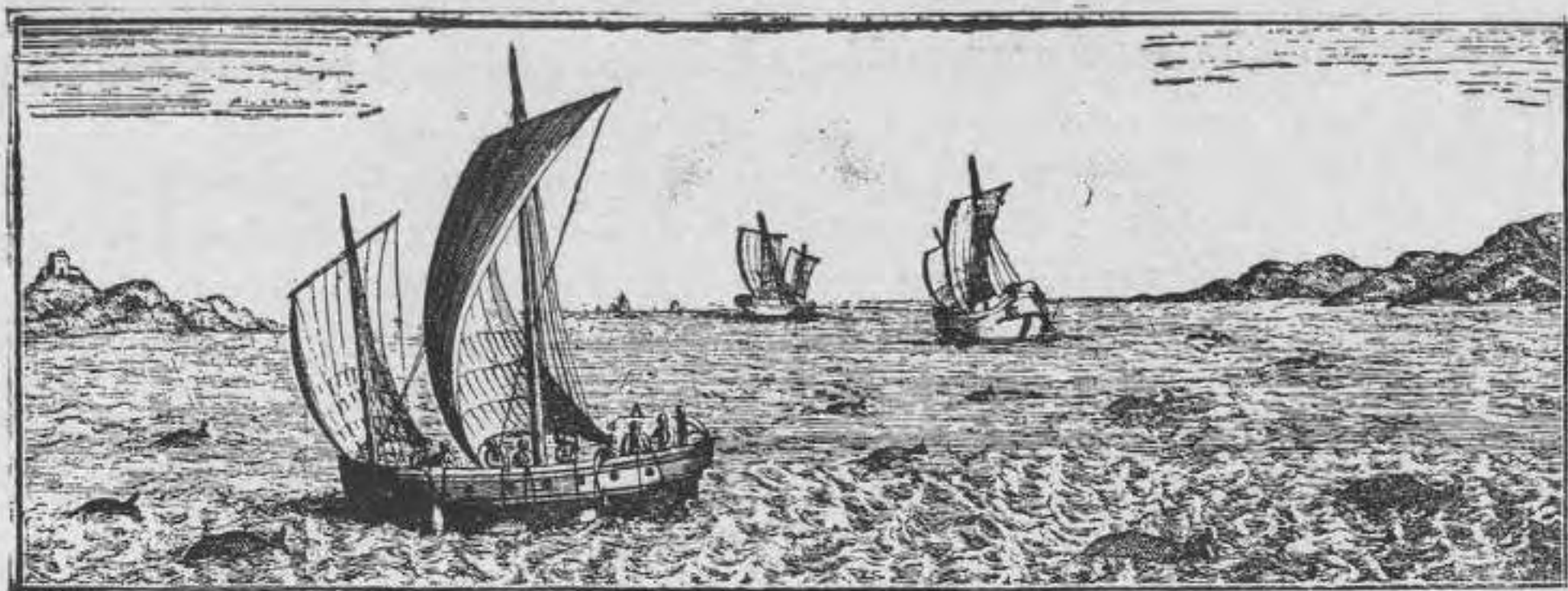
Los que supísteis lo que ignoran aún mis años mozos: la nostalgia de los días ágiles:

Vosotros sabéis que yo he seguido vuestros pasos y vuestras rutas, no siempre las mismas que abrieron los hombres para su comercio.

Y yo sé con vosotros que el amor a los campos de la montaña se gana pero jamás se pierde; que su belleza espera siempre para darse a los que la busquen y que quien fué una vez por los caminos de la montaña, volverá.

FRANCISCO CUBRÍA SAINZ





DEL PUERTO

(APUNTES PARA SU HISTORIA)

UN TEMPORAL Y UN NAUFRAGIO.—UNA INFORMACIÓN Y UN REMITIDO.—
APOSTILLAS VINDICATORIAS.

I

Tan deshecho, como pertinaz y duradero, fué el «tiempo» que descargó sobre nuestro litoral, mediado que era el mes de diciembre del año de gracia de 1874. Grandes fueron los daños que ocasionó en toda la costa, y lutos y penas cayeron no tan solo en los pueblos ribereños, sino que dado el cosmopolitismo navegante, en hogares extraños y muy distantes se aprendió a modular entre duelos y congojas el tan siniestro como significativo nombre de «las Quebrantas».

Todavía en los días aquellos, no había el vapor acaparado como hoy el tráfico marítimo. Quedaban aún muchos veleros a flote que sostenían heroicamente la gesta tradicional y fatigosa de los navegantes primitivos, en la lucha tenaz y aventurera contra los elementos. Y si ahora la novísima navegación, de los cascos metálicos y resistentes, de la fuerza encerrada a voluntad en las carboneras y tanques, con aparatos de achique, gobierno y fondeo poderosos y mecánicos, con la seguridad y el amparo que la prestan la electricidad, la telegrafía, etc., etc., se ve en ocasiones vencida y pulverizada en su pugna con las fuerzas naturales, no hace falta un poderoso alarde imaginativo para comprender

lo que esa lucha sería en aquellas edades pretéritas y por suerte ya pasadas.

Del puerto santanderino, en pleno auge el comercio antillano, salían o entraban aún algunas docenas de bergantines, barcas y goletas con los clásicos cargamentos harineros o que retornaban con productos ultramarinos, siendo providencialmente venturoso que la entrada de un tiempo no sorprendiera empeñados sobre la costa algunos de ellos. Y si tal sucedía al término o comienzo de aquel viaje, se aureolaba muchas veces con el fatídico crespón de la tragedia.

Era siempre y sobre todo en invierno—una carta jugada a ciegas contra el destino—la recalada o despedida a las costas cantábricas. Mientras no se tuviese barlovento suficiente para poder «correr» con desahogo, al tener que romper la «capa» por ser ya imposible sostener ésta, si la fuerza del tiempo era tal que a ello obligaba, no había instante seguro, ni esperanza alentadora, para el infortunado equipaje sometido a tan dura prueba. A las posibilidades remotas que pudieran ofrecer las mejores o peores condiciones del casco, había que fiar en la mayoría de los casos, la casi única de las soluciones para sostenerse en la mar, fuere como fuere, ya que la arribada en demanda de puerto o cala donde refugiarse se presentaba tan condicionada en pocos de ellos y tan llena de peligros en los restantes, que solo y como forzada maniobra, habría de acometerse. Pero una vez impuesta esta carrera loca, arrollada por el huracán, paradójicamente, había que frenar en lo posible, retardando minuto a minuto, el de llegada a la costa recién vista o de poco abandonada, temerosos del epílogo que ésta había de poner a la sobrehumana lucha que venía sosteniéndose.

Tal acaeció en la fecha que señalamos. Las piedras y arenales de nuestras riberas, quedaron jalonadas a todo lo largo de ellas, de buen número de embarcaciones, que a modo de hitos funerarios, dieron triste señal de la violencia inaudita de aquel «tiempo», a la vez que otras más afortunadas o con mayor pericia regidas, lograron encontrar «socaire» o amparo acogedor en alguno de sus puertos.

En la boca de nuestra bahía dieron costa el bergantín español «Asunción» y la corbeta italiana «La Pace», de ella salidos días antes; cerca de Santoña el «Ceferino» y el «Josefa», por las playas de Comillas una fragata rusa y en las inmediaciones de Castro, la polaca «Dos Amigos» cargada de harina para América y con 12 pasajeros. El bergantín de esta matrícula «Escalada» que el 11 pasó corriendo a la vista de su puerto, pudo venturosamente tomar a duras penas el fondeadero de la Concha de San Sebastián. Con una sola y dolorosa excepción, fueron salvados los tripulantes y pasajeros de los buques reseñados, más desgraciados que todos ellos juntos, nueve de los tripulantes de

«La Pace» perdieron sus vidas, ante los ojos espantados del vecindario santanderino, en las canales e imponentes rompientes de «las Quebrantas» sobre las diez de la mañana del infausto sábado 12 de diciembre de 1874.

II

Un periódico local, de tan clara ejecutoria como el *Boletín de Comercio*, tan mesurado en sus juicios y que tanta importancia concedió siempre a los asuntos marítimos que juntamente con los comerciales supeditaban toda su objetividad, daba cuenta de este naufragio en una primera impresión de su número correspondiente al mismo día y en los términos siguientes:

«La corbeta italiana «La Pace», que salió cargada de railes viejos, acosada por el huracán, intentó ayer volver a tomar puerto; pero la operación era peligrosa y decidió cuerdamente fondear en el Sardinero.

A las cuatro estaba a su costado el vapor «Hércules» que no llevó otro objeto que remolcar la corbeta para salvarla de los peligros inminentes de que iba a verse rodeada, pero «La Pace» no tenía más que dos anclas, sobre las que estaba fondeada, y el capitán se negó a aceptar el auxilio y entrar en el puerto, porque para hacerlo había de arriar las cadenas, y si la amarra del remolque le faltaba, que era muy fácil, habida en cuenta el tiempo y la mar, veríase irremisiblemente perdida su tripulación.

El capitán del «Hércules» propuso entonces al de «La Pace» que saltase a bordo del vapor, abandonando la corbeta, estando como estaba bien fondeada, pero el capitán italiano con un celo y una delicadeza extremados que han costado preciosas vidas, se negó resueltamente a abandonar su buque, retirándose por tanto el «Hércules». Cuando éste entraba en el puerto salía el «Volador» con dirección al Sardinero con idéntico humanitario fin: el de salvar «La Pace»; en vano también.

La noche ha sido horrible sobre toda ponderación, y no es poco lo que los oficiales y tripulantes habrán debido de sufrir para luchar con los elementos así desencadenados.

Poco más de las nueve de la mañana serían cuando un buque de vela, bajando la marea para mayor desgracia, apareció en la boca del puerto, llevándose de espectadores el muelle y todos los sitios desde donde podía distinguirse la embarcación.

En popa como venía, perseguida y azotada por un viento deshe- del N. O. y el aparejo largo, todos comprendieron en el acto que aquel buque estaba perdido y la suerte de la tripulación gravemente comprometida.

El buque era «La Pace».

Azotada por las furiosas mares que sin cesar la combatían, ayudando al viento en su obra destructora; en menos tiempo del que para narrar tan triste cuadro se necesita, vióse envuelta por las olas el infortunado buque y arrojado como una pluma en medio de las grandes rompientes de las «Quebrantas», casi sin auxilio posible. Las mares le barrían y cruzaban a tanta altura, que el buque desaparecía a intervalos, viéndosele rendir un palo a los pocos momentos y luego otro.

Los espectadores no se equivocaron: «La Pace» se perdió rápida y totalmente, y lo que es peor, por desdicha sus oficiales y tripulantes debían haber perecido todos.

Lamentamos de corazón tamaña desgracia, tanto más, cuanto que ha podido evitarse en lo que a las vidas se refiere, y quiera el cielo que no tengamos que dar cuenta de otros sucesos análogos, que llevan el dolor y la amargura al seno de las familias heridas por el rayo de la desgracia».

Este primer relato fué ampliado en un «Última hora», inserto en el mismo ejemplar, y en el que daba más detallada razón de los particulares del salvamento, en el que tras penosa lucha, pudieron rescatarse a las olas, cinco cuerpos, tres muertos ya o que fallecieron seguidamente, sobreviviendo al infortunio solamente el capitán y un marinero de toda la dotación.

Acudieron solícitos al auxilio todas cuantas embarcaciones y hombres estuvieron en disposición de hacerlo, tanto indígenas como de los buques surtos en el puerto y así cita los remolcadores «Volador», «Hérelles» y «Santander», lanchas pertenecientes a los correos español «Nuevo-Santander» y francés «Villeal Brest», al práctico-mayor y cabildo y tres marinadas por elementos de las goletas de guerra alemanas «Nautilus» y «Albatros», pertrechadas espléndidamente, incluso con botiquín y médico, llamando sobre ellas la pública atención por su eficacia y disciplina.

El capitán italiano, disputado heroicamente a la muerte por el contramaestre del «Nuevo-Santander»—según entonces se dijo—fué trasladado seguidamente a la ciudad en estado bastante delicado, del que poco tardó en reponerse, pues ya con fecha 18, dió a la prensa el insólito documento que íntegramente copiamos, tal como apareció en la *Voz Montañesa* del 20 y *Boletín* del 21. Parecía natural que sus primeras palabras fueran expresivas de la más sentida gratitud hacia todos aquellos que arriesgaron sus vidas e intereses por salvar la suya y que aunque apesadumbrado por la fatalidad, que le asignó el puesto de protagonista en aquel drama, comprendiera la buena voluntad y penoso esfuerzo con que todos habían contribuído a mitigarla, pero no fué así—y por

esas desconocidas e imponderables reacciones del alma humana, impulsado o aconsejado torpemente, dedicó sus primarias actividades a zaherir e inculpar, apasionada y groseramente, a personas y organizaciones no merecederas de tan mezquino proceder

Dice así el remitido:

Santander. Diciembre 18 de 1874.—Señor Director de *La Voz Montañesa*.—Muy señor mío: Ruego a usted se sirva insertar en las columnas del periódico de su digno cargo, las siguientes líneas para desmentir las inexactitudes en que incurre el capitán del vapor «Hércules» en un suelto que salió a la luz en el *Boletín de Comercio* del día 12 del corriente, número 285, referente a la barca italiana de mi mando nombrada «La Pace», por lo cual le anticipa las gracias el que se ofrece a usted como su afectísimo s. s. q. s. m. b.—G. Parascandalo.

Por los embustes del capitán del vapor «Hércules»; por el servicio activo de los prácticos de Santander (intento hablar del práctico o prácticos de guardia) y por último, por no hacer dar tanto eco al estilo romancesco del *Boletín de Comercio*, de Santander, ruego encarecidamente a este último que antes de hacerse juez se haga bien cargo de la verdad de los hechos.

El capitán del buque italiano «La Pace», ha salido del seno de las aguas vivo y no muerto. Encontrándome enfermo, me reservo tiempo mejor para contestar extensamente al número 285 del *Boletín de Comercio*.

Por ahora haré una pequeña observación a las exageraciones insertas en el mencionado número.

«La Pace», vino a anclar a la rada del Sardinero entre nueve a diez de la mañana, no por la tarde, como dice el *Boletín*, y el vapor «Hércules» vino al lado de «La Pace» a las cuatro y media de la tarde.

Pregunto ahora al *Boletín de Comercio*. ¿Por qué vino el «Hércules» a las cuatro y media de la tarde? ¿Se había acaso olvidado que el semáforo le había dado aviso desde las diez de la mañana?

Hablando ahora del servicio de prácticos (me refiero a aquel o aquellos de guardia), cuando «La Pace» apareció por Cabo mayor, el semáforo, por indicación sin duda del práctico o prácticos de guardia, señaló que debía hacerme afuera. Yo no conociendo estas señales, inmediatamente anclé en el Sardinero. Y pregunto a estos prácticos. ¿Por qué debía hacerme afuera? ¿Acaso por no haber agua en la barra, o por el viento escaso y la marea contraria? Si por estas razones, el práctico o los prácticos de guardia, hubiesen ordenado a «La Pace» hacerse afuera, yo les digo, que son perezosos o ignorantes, que no conocen la posición hidrográfica de su puerto, y todo esto, estoy pronto a hacerlo constar ante cualquier comisión marítima, sea militar o mercante, española o extranjera.

Volviendo al vapor «Hércules», éste vino a las cuatro y media de la tarde, directamente a la popa de mi buque, diciéndome dejara las anclas en la mar. Mientras con la mayor solicitud estaba para ejecutar dicha maniobra, veo al «Hércules» de proa a mi izquierda, diciéndome:—«El tiempo es malísimo.»—Yo le contesté:—«Es verdad.»—A esto el capitán del «Hércules» repuso:—«Mañana muy temprano vendré a remolcarlo.»—A lo que contesté:—«¿Cree usted que esta noche el viento quede de oeste?»—Y me respondió:—«Creo que sí.»—Repetí yo:—«¿Cree usted que esta noche el viento gire de N. N. O.?»—Y él me respondió:—«Creo que no»—Entonces, continué diciéndole:—«Cuando vaya usted a tierra me mandará una lancha bien tripulada, para si esta noche girase el viento al N. O. o al N. N. O., pueda yo ir a tierra con toda la tripulación».

Así terminaron nuestras preguntas y respuestas. El *Boletín de Comercio* da por sentado que el capitán del «Hércules» me instó a salir en su embarcación; este señor no ha soñado jamás en hacerme semejante invitación, y para probar esta verdad, vivo no solo yo, sino también un marinero, el que puede servir de prueba testimonial.

También puede servir de prueba testimonial el cabo o cable de remolque que vive también (aunque no tiene espíritu vital); al menos el capitán del vapor «Hércules», no puede decir que yo no tenía cable de remolque.

Es positivo que el cable de remolque es más grueso de lo que era menester.

El semáforo puede hacer constar que el tiempo que hablé con el capitán del «Hércules», fué brevísimo y ni que tuviésemos una larga polémica como dice el *Boletín de Comercio*.

Respecto de todos los demás auxilios, es verdad que doy las más infinitas gracias a todos cuantos han cooperado al salvamento de la tripulación y me reservo hablar de éstos a su tiempo.

Sólo diré, que si cualquiera de las más pequeñas embarcaciones de Santander, se hubiera acercado al buque naufrago cuando éste estaba anclado en el Sardinero, ninguno hubiera muerto.

Ignoro el idioma español: por esta causa he sido moroso en dar una completa satisfacción al *Boletín de Comercio*: Dice éste que ha sido una desgracia que se podía haber evitado.

Ahora pregunto al *Boletín* que diga. ¿Cuál fué la causa por la cual no se evitó esta desgracia?—G. Parascandalo, capitán de la barca italiana «La Pace».

Mesuradamente contesta el *Boletín* a este tan extenso, como petulante y virulento comunicado. Dice haber relatado el siniestro, según la opinión predominante en el rumor público, teniendo referencias directas del capitán del «Hércules» en los extremos que a éste atañen, deplora

sinceramente que el comunicante se deje influenciar por «consejeros encubiertos» y termina con este ajustadísimo párrafo: Queda pendiente la cuestión marinera; pero como no somos Autoridad de Marina, ni abogados del apreciable capitán del «Hércules», ni defensores de los prácticos de número de este puerto, que probado tienen con su conducta que no son perezosos ni ignorantes, nos creemos excusados de agregar ni una palabra más en la cuestión promovida por el capitán de «La Pace».

Pero si el *Boletín* pudo dar por terminada su intervención, no pensaría seguramente lo mismo, la que harto convencionalmente hemos convenido en llamar opinión pública. Acuciada por las imprudentes palabras del capitán, debió hervir en censuras, comentarios y condenaciones, mezclando como siempre en ocasiones parecidas, un efusivo sentimentalismo hacia el trágicamente caído, con un innato deseo de encontrar un responsable, a quien con razón o sin ella, cargarle en cuenta sus ánsias depuradoras. Tela cortada y en abundancia, para que luciesen sus facultades críticas los «Contramaestres de Muralla», institución maldiciente, que siempre ha formado falanje en muelles y casinos santanderinos, debió ser por éstos aprovechada fructíferamente y hasta el encargado del nuevo y flamante aparato lanza-cabos, de reciente instalación en Somo, debieron llegar los disparos, por cuanto en el *Boletín* del 31 tiene que defenderse en un profuso y bien razonado alegato, que ocupa nada menos que toda la primera plana.

III

Bien quisiéramos terminar estos apuntes con un extracto de la sumaria instruída por la Capitanía del Puerto, y en la que con inexcusable rigor, quedaría depurada y establecida la verdadera actuación de todos y cada uno de los encartados en ella, y en la que tendría el capitán Parascandalo, campo y ocasión apropiadas de probar plenamente la pertinencia de sus cargos. No nos ha sido hacedero poder hojear este proceso, en el que tenemos la seguridad absoluta, habrá de resplandecer la sinrazón de los mismos.

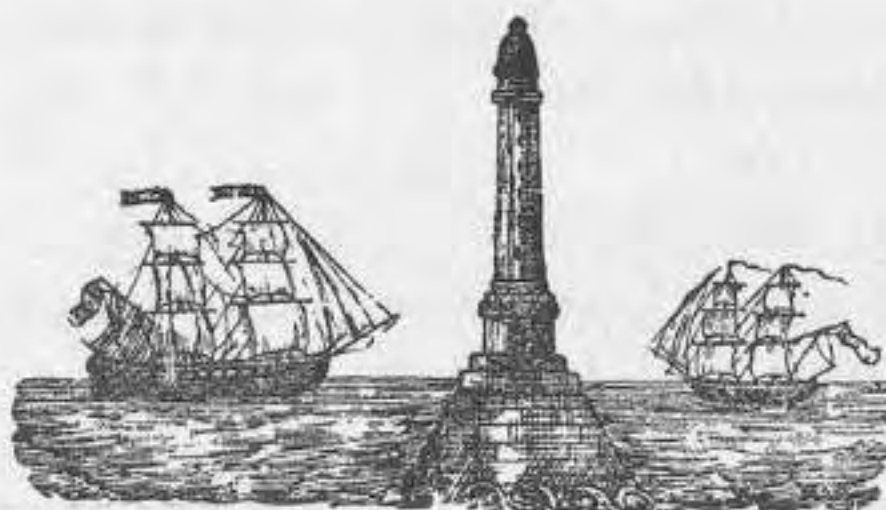
A tal falta, podríamos suplir con un análisis detenido de las propias manifestaciones acusativas, que nos demostrarían cumplidamente su inconsistencia, pero ni al lector puede interesarle ni a nosotros sernos grato. La Suprema niveladora ha prescrito ya en el reposo eterno, todas las pasiones que movían y daban vida a los actores del drama, empeñados en la defensa, mala o buena de sus prestigios profesionales o de sus intereses de momento, y no hemos de remover su memoria en fuerza de

extremar un afán vindicatorio, tan innecesario como desagradable. El horror de los momentos vividos tan intensamente por el capitán de «La Pace», nos merece por su dramatismo angustioso, tanto respeto como piedad para considerar sus acciones y purgar sus actos.

Pero hay un punto que no debemos silenciar tampoco, poniendo sobre él una ligerísima apostilla, que por lo menos neutralice la crudeza con que trata a instituciones muy queridas, y es el que se refiere a la intervención de «el práctico o prácticos de guardia»—a los que llama «*perezosos e ignorantes* y con quienes se atreve a discutir ante una comisión marítima extranjera o *nacional*». El fundamento de calificativos tan duros es el de suponerlos autores de la señal semafórica de «Hágase usted afuera», que confiesa no haber entendido—y que no pudo por tanto, haberle perjudicado. Y aquí todo lo que argumente sobre este supuesto, redundará directamente en perjuicio suyo—porque debía conocer—y la ignorancia es condenable, que en todos los derroteros de estas costas, desde los tiempos en que empezaron a escribirse, hasta los presentes, al explicar la entrada en Santander, con tiempos duros de N. O. previenen a los capitanes de veleros en los expresivos términos que lo hace el editado en 1843, cuando dice: «Con temporal del N. O. no es prudente fuerce el puerto embarcación alguna que pueda hacerse a la mar... Pero si las circunstancias de alguna avería la obligasen a emprender la entrada, de *ninguna manera* se hará sin contar con tres horas de marea entrante» y añadiendo que la pleamar de aquel día fué entre seis y siete de la mañana, queda justificada la señal y en adecuado lugar sus inspiradores.

Y con esto, lector querido, ponemos punto final al recuerdo de este día luctuoso en nuestra bahía. Como él hay muchos, no faltan por debido contraste los risueños, y de su conjunto se compone la historia de este puerto tan amado y que por pluma más amena y competente, quisiéramos ver pronto escrita.

GERMÁN DEL RÍO





LA BIBLIOTECA DEL CAMARISTA DE CASTILLA D. FERNANDO JOSÉ DE VELASCO Y CEBALLOS

III

INCUNABLES

Agriculturae opera Columellæ, Varronis, Catonisque, nec-non Palladi, cum escriptionibus et comentariis D. Philipi Beroaldi et in fine operis (absque foliatione) Ista opera Agricolationum impresa Rexis expensis Dionisi Berthochi Regien. Imperante Divo Hercule Este. MCCCCLXXXVI (1496).

Albertus Magnus (S.) *Compendium Philosophiæ naturalis*, Brisiae. 1493. Un tomo en 4.^o

Alcuinus sive **Albinus**. *De Arte Rethorica Dialogus*. Parisiis apud Ambrosium Drovart. 1499.

Anonymus. *Dialogus consolatorius de usu Reipublicæ editus anno 1473 absque loco nec tipi expresione.*

Antoninus Archiepiscopus florentinus. *Summula confesionis*. Venetiis per Ant. de Strada Cremonens, 1482, en 4.^o

La misma obra en castellano, Zaragoza, 1497 (1).

D. Augustini. *Principalium sententiarum in explanatione libri psalmorum Annatio*. Et in fine operis absque foliatione, Post exactam diligentemque emendationem, consumatum Basilaë p. magistrum Joannem de Amerbach. Anno Dni. MCCCCXCVII (1497).

(1) Se refiere a «Opus» ibid. (Venetiis) per Dionis. de Burechelis et Peregri. Socios de Bolonia. 1584.

Aurelii Augustini de Civitate Dei, incipiunt primi libri rubricæ: et in fine operis (absque foliatione) ibi: Aurelii Augustini de civitate Dei Libri XXII et ultimus feliciter explicit, impresumque est opus hoc Neapoli a diligentí Magistro Mathia Morava. Anno Christi MCCCCLXXVII (1477) editio certe magnífica. Liber extremæ raritatis abs dubio.

(De S. Agustín tenía Velasco: «Opera omnia, ex Desiderií Erasmi editione, Basilea 1592. 10 tomos en folio. *De Civitate Dei*, Basilea, 1542. *De Cura pro mortuis gerenda*, París, 1544. *Principalium sententiarum* in explanatione psalmorum Divi Augustini adnotatio. No indica el año ni el lugar. *La Ciudad de Dios*, traducida por Antonio Roiz y Rojas, Madrid, 1614. *Las Confesiones*, Amberes, 1647).

Bandelus (Fr. Vincentius).—De Conceptione B. Mariæ Virginis. Bononiæ, 1481, 8.º

Beda Presbyter.—De topicis Sac. scripto. Parisiis apud Ambrosium Drovart, 1499.

Biblia Sacra.—Venitiis per Simonem dictum Bevilagua 1498, 4.º

Biblia, e in fine ita.—Explecit Biblia Venitiis impresa per Georgium de Ruiabenis Mantuanum, anno Domini MCCCCLXXX (1480), III kal. Martii, in 4.º

Biblia impresa Venetiis opera atque impensa Theodorici de Reinsburch, et Reinaldi de Novimagis theutonicor. ac socior. 1478 in fol.

Biblia.—Concordantiæ Biblicæ partium sive dictionum indeclinabilium a prestantissimo viro Magistro Joanne de Secubia, sacrae paginæ doctore eximio, in Concilio Basiliensi editæ impresæque per Joa. Petri de Langendorf, et Joa. Freben de Hammelburgk socios. anno Dni. 1496.

Biblia.—*Concordantiæ Bibliæ*, tam dictionum declinabilium quam indeclinabilium diligenter visæ cum textu, ac secundum veram orthographiam emmendatæ, Basilæ, 1496 in fol.

(Además de estos incunables, tuvo Velasco las ediciones siguientes de la Biblia: *Biblia políglota* de Walton. Londres. La edición de Madrid en 1767 por Ibarra. La rarísima impresa en Salamanca en 1584, dos tomos en fol., la hecha en «Auterpia ex officina Christophori Plantini», 1584, también muy rara. No lo es menos la edición de la Vulgata en Roma en la tipografía Apostólica Vaticana, 1592. La de París, en 1509. El Nuevo testamento en griego y latín, París, 1549. El Salterio traducido del árabe al latín, Roma, 1619 y Nuevo Testamento en vascuence sin principio ni fin, en 8.º (libro rarísimo).

Billena (Sor Isabel de) Olim, D.^a Leonor Abadesa del monasterio de la Santa Trinidad de Valencia), Vita Christi. En Valencia, en folio. In calce: A la honor e gloria de la santissima trinitat fonch estampat lo present vita Xti a instancia de la revere, Sor Aldonza de Monsoriu,

Abbadesa del Monestir de les monges de la trinitat de la insigne ciutat de Valencia: e imprimir per lope de la Roqua Aleman, et acabat en la dita ciutat a XXII de Agos. en lo anii de la nativitat de nostre senior, 1487.

Blondus (Flavius).—Roma instaurata. Veronæ, 1482, in fol. per Boninum Ragusium.

Roma triumphans. Brixie per Bartholomeum Vercellensem, 1482.

Bocacio (Juan).—De las mujeres ilustres, en castellano, por F. Francisco Ximenez. Zaragoza, por Paulo (sic) Hurus Aleman de Constancia, 1494.

Genealogiæ: ejusdem de montibus, et silvis, fontibus etc. Venetiis ductu et expensis D. Octaviani Scoti, 1494, finitumque per Bonetum Locatellum, in fol.

La fiamesta, impreso en Venecia por Máximo de Pagnanegli, anni del Signore MCCCCLXXXI (1491).

(De Bocacio tenía además el libro llamado de la Caída de Príncipes, empezada la traducción en castellano por Don Pedro López de Ayala y continuada por Juan Alonso de Zamora, secretario de Castilla, impreso en Alcalá de Henares por Juan Bautista de Brocar, edición rarísima).

Boetius.—*De Consolatione Philosophiæ* cum comentariis beati Thomæ de Aquino. Antonii Kauburgers civis inclitæ Nurnbergensium industria labefactus, 1483, in fol.

Bona-Cursius.—(Pintoriensis) *Legum Doctoris Egregisque Dialogus de Nobilitate*. Editus anno 1473, fol. absque loci nec tiphographi mentione.

Burchiello florentino: faceto et eloquente indice Canssioni, et sonetti etc. Y al fin así: cura et diligentia Antonii Stratta Cremona opus Burchelli florentini. Impresum Venetiis anno Dimini 1485, die vero XXIV Julii, Joanne Mecenico inclyto Principe Venetiis principante (sin foliar) en 4.º

C. J. Caesar: *Comentariorum de bello Gallico*, liber primus, atque in fine libri VI de bello Hispanico ita: *Comentariorum de bello Gallico civili Pompeiano etc. liber ultimus finit: Quos Michael Monzolinus Parmensis librariorum solertissimus suo sumpto curavit: Tarvisii anno Gratiae MCCCCLXXX (1480) Pridie Kalendas Quintilis, fol.*

(Tenía Velasco la edición de esta obra con figuras en vitela hecha por Aldum en 1513, la misma en la edición: *Acurate ex codicibus M. S. antiquis emmendata, cum comentariis variorum ex Musaeo Jacobi Stradæ Mantuani. Accedunt tabulæ topographicae æri incisæ, et imagines praecipuarum Machinarum bellicarum, quarum apud Caesarem mentio est cum nova explicatione, et recensione Marci Zueri Boxchor-*

nís. Lugduni Batavorum in oficina Elzeviriana, 1653. Edición espléndida, nítida y rarísima. La de Amsterdam con notas, 1676. Otra hecha en «Antuerpia» 1570, otra en el mismo lugar, 1595, Otra en «Francofurti» 1669. En Venecia, 1600. En Lugd. Batav. 1635).

Sus comentarios traducidos al romance por Fray Diego López de Toledo, Comendador de Castilnovo. Toledo, por el Maestro Pedro Haggembæ Alemán, 1498, fol.

Poseía además en castellano otra edición, no indica el lugar, de 1529. Otra impresa en París, en 1549 y otra también de París en 1640).

Camera (Alfonsus).—Epitome sive, compilatio de Sacramentis cum tractatu de doctrina Christiana. Hispali per Joa. de Nurenbergth Glogner, et Magón. Herbro Alemanes, 1496.

Campanilis (Joan. Antonius).—Opera Omnia. Romæ Eucharium Silver alias Franch, 1495.

Cartagena (D. Alonso, obispo de Burgos).—Doctrinal de Caballeros, Burgos, por Federico de Basilea, año 1487.

La misma obra también en Burgos, por Juan de Burgos, 1497.

Castrovol (Fr. Petrus de).—Formalitates, 1458. No da más detalles.

Cicero (M. T.)—Ad Brutum, Atticum et alios epistolæ, fol. Romæ in Domo Petri et Francisci de maximis juxta Campum floræ, Præsidentibus magistris Conrado Suveyn heym, et Arnoldo Panartz, anno Domini Natalis. MCCCCLXX (1470) s. d. n. dni. Paulii II Venetii Pont. Maxi. anno VI urbe et Ecclesia florente.

Epistolæ familiares cum tribus comentariis Hubertini Crescentinatis; Martini Philectici, et Georgi Mezuelæ Alexandrini. Venetiis per Bartholomeum de Portesio, anno Domini MCCCCLXXXI (1491).

Epistolarum familiarum libri sexdecim Hubertini Clerici Crescentinatis; in Ciceronis Epistolas Comentarii, Martini Philectici in quasdam epistolas selectas comentarii, Georgi Merulæ (sic) Alexandrini in epistolam ad Lentulum Sphintherem accurate interpretatio. Addita sunt etiam nonnulla alia loca in libro Miscellaneorum per Angelum Politanum. Venetiis per Simonem Bebilaquam Papiensem. anno Dni. 1495. (A juzgar por los comentaristas, es una reproducción de la edición anterior).

Ad Marcum T. Ciceronem filium suum Officiorum Liber, fol. Et ad calcem libri: Marci Tullii Ciceronis de Officiis. Paradoxa de amicitia, de senectute, de somno Scipionis, nec non de essentia mundi, ac XII sapientum epithapiis finiuque peroptime emendati impresi sunt: Venetiis ductu et expensis per Felipum quondam petri Veneti, anno ab incarnatione d. 1480 die 8 Maii inclito venetorum duce Joanne Mozenico imperante.

(Tenía también: Opera Omnia. París, 1539, en cuatro tomos en

fol. Una impresión de las Epístolas con comentarios de «Jo. Baptistae Pii Boniens, de la que no señala el lugar ni el año. Thesaurus, París, 1661. Opscula cum Erasmi annotationibus. Salmanticae apud Joannem a Terranova, 1567. De divinatione cum Petri Marii Comentario París, 1542. Topica cum Melanthonis Latomi et Hegendorf scholiis, París, 1543. Opera Omnia. Amsterdam, 1658. Relegatus et revocatus Dialogi festivissimi. Lugduni, 1534. De los Oficios, de la amistad y de la senectud con la economía de Xenophon, traducidos del latín por Francisco Thamara, añadiéndose los Paradoxos y Sueño de Scipión, traducidos por Juan Jaraba, Anvers, por Juan Stedsio, no indica el año).

Clemens Papa quinti. Incipiunt constitutiones una cum apparatu Domini Joann. Andrae: In fine operis (absque foliat.) ibi opus clementinar ere atque industria Nicolai Jenson Gallici, Venetiis impressum feliciter explicit, una cum apparatu Dini. Joan. Andrae, p. excelentissimum juris utriusque Doctorem dn. Alexandrum Novum jus pontificium in patavio gimnasio ordinarie legentem exactissima diligentia emendatum MCCCCLXXVI (1476) in magno fol. Postea sequitur hoc aliud opus: Incipiunt decretales extravagantes quae emanarunt por Sextum quod constat solum sex plagulas et dimidia. Editio omnibus numeris splendida.

Columna (Guido de).—Messanensis; Historia destructionis Troyae, Argentinae, 1494 en fol.

Concordio de Pisis (Bartholome de Sto.)—Suma de Confesores, impresa hacia el año de 1470, en fol.

Confessional o breu tractat de Confesio en lengua valenciana. Valencia, 1493.

Curcius (Quinto).—Historia de Alexandro Magno, sacada en vulgar fielmente por Pedro Candido, Sevilla, por Meynardo Angut Aleman y Stanislao Polono, compañeros, 1496.

Dialogi.—Conjuntio decem Dialogor. post tabulam in principio: cum amplis marginibus, 1473 (no indica el lugar). In fine vero ita: sequitur tabula declarans quo quisque dialogus folio initium sumat:

Dialogus Isidori de spiritali consolatione, f. 2.

Dialogus Hyeronimi de infirmorum consolatione f. 10.

Dialogus Bartholomei de Summu Bono, Vitaeque Felicitate, f. 19.

Dialogus Senecae de remediis fortuitorum, f. 42.

Dialogus Laurentis Vallensis de libero arbitrio, f. 47.

Dialogus Maffei Vegii de veritate et phalatiae, f. 57.

Dialogus ejusdem de felicitate et miseria, 66.

Dialogus Pogii Florentini in avaritiam, f. 78.

Dialogus Bonacurii, seu controversia de nobilitate. C. Flaminum, folio 98.

Dialogus consolatorius de usu reipublicae, f. 108.

Es por cierto este libro tan extremadamente raro, como que ningún biógrafo (sic) le ha citado en su Biblioteca de obras raras, y resulta también de su misma inspección, pues el papel moreno y grueso, el carácter de la letra, el faltarle folios y reclamos, todo está respirando la más apreciable antigüedad, y se advierte que está perfectamente conservado a columnas y que los folios se pusieron de mano.

Diaz (Manuel).—Libro de Albeyteria, en Zaragoza, 1499, en fol.

Dictionarium.—Crastonus (Fr. Joan). Placentinus Carmelitanus. Lexicon graecum impresum Vincentiae per Dionisium Bertochium de Bononia, die X mensis Nov. 1483, in fol.

Espina (Frater Alfonsus) Fortalitium fidei, 1487, die 22 mensis mai (no indica el lugar).

Eusebius Caesariensis Episcopus. *Chronicon*: id est temporum brevium incipit feliciter: Quem Hieronimus Praesbyter, divino eius ingenio, latinum facere curavit, et usque in Valentem Caesarem Romano adjecit eloquio: Quem et Prosper, deinde Matheus Salms, qui ea quae consueta sunt adjicere curavere eidem post positi subsequuntur: At primum Hieronymi in hujus Codici aliquando descriptores ut archetipus describatur adjuratio: in fine.

Erhardus Radolf Augustinensis, solerti viri ingenio, maxima cura plurimisque undique comparatis exemplaribus Eusebii libros Cronicos ac reliquas in hoc volumine de temporibus aditionibus non parvo studio impensisque emendatissime impressit Venetiis inclito duce Joan. Mocenico. Romanorum Imperante Phrederico III anno imperii sui 44, anno salutis 1483, idibus Septembris, in 4.º

(Tenía también: Et ejusdem Eusebii Pamphili utriusque partis Chronicorum, canonum reliquiae Grece antea non edita cum Josefi Scaligeri notis. Lugd. Batav. apud Thomam Basum, 1606. edición rarísima. La magnífica edición hecha en París en 1585 en dos tomos).

Margarita Poetica.—Basilae per Magistrum Joannem de Amerbach, 1495, in fol.

Facius (Barthol).—Dialogus de Summo Bono, Vitaeque felicitate, editus anno 1473 absque loci nec typographi expresione, in fol.

Fascisculus temporum: omnes antiquarum Cronicas completens incipit feliciter, in fol. Ad calcem: Chronica quae dicitur Fascisculus temporum edita in alma Universitate Coloniae Agripinae a quodam devoto Cartusiensi, et impresa Ispalen (sic) singulari industria atque impensa Bartholomei Segura atque Alphonsi de Portu anno Dni. 1480. Sixto V, Pontifice Max. finis feliciter.

Gellius (Aulus).—Noctes Atticae, Venetiis, 1477, in fol. (Además poseía la «nitidissima et rarissima» hecha también en Venecia en 1515, en 3.º, la de Amsterdam de 1651 y las de Lugd. Batav, 1666 y 1676).

Geronimo (Sn).—Su vida en castellano, Zaragoza, 1492.

Gerson (Juan).—De la imitatio de Jesu-Christ e del menuspriu de aquest mon: explanat de lati en valenciana lengua per lo magnífich en Miguel Pérez Ciudata, Valencia, 1491, en 4.º

La misma obra con el tratado de la imaginación del Corazón, Burgos, por Fabrique Aleman de Basilea, 1495, en 4.º

Gómez de Cibda-Real.—Centon epistolario, Burgos 1499.

Gregorius (B. Papa).—Index primi libri homiliarum. In fine vero operis (Absque foliatione) ibi: Hic finiunt Homelie XI Sancti Gregorii Papae impraesae Venetiis per peregrinum de pascalibus die XIV.

Pastorales Sancti Gregorii Papae. Atque in fine, absque foliatione, ita: ad laudem dni. nostri Jesuchti at omnium Sanctorum et Sanctarum: Liber Pastoralis Sancti Gregorii Papae; quem ad Joannem Rauene Archiepiscopum conscripsit; et magnus Anastasius postea de latino in graecum transtulit; explicit feliciter Venetiis per Hieronimum de Paganinis Brixienense sollicit et ad instar emendatissimi exemplaris impresus Anno Dni. millesimo quadragentesimo secundo. Idibus octobris, 2 in 4.º

Gregorius magnus (S.).—Moralia, et in fine operis, absque foliatione. ibi exaratum diligentissimeque emendatum est opus presens Moraliū Sancti Gregorii Papae in off. Nicilai Basilien. anno Domini 1496, in fol.

Idem De viris Sanctis et miraculis Dialogi. Venetiis per Hieron. de Paganinis Brixien, 1492. (Tenía también la edición de las Epístolas de Venecia, 1504, en fol. y la de Sus Morales en castellano, impresa en Sevilla 1527, dos tomos en fol.)

Gutiérrez (Dr. Julián).—Físico de los mui excelentes del Rey Don Fernando y Reyna D.^a Isabel, imperantes y reinantes en las Hispanias. Libro de la cura de la piedra y dolor de la hijada a causa de ella que es dicha colicarenal. Toledo a expensas de Mechior (sic) Gorricio Mercader, por maestre Pedro Hagembac Alemán, 1498 en fol.

Herodotus (Halicarnaseus).—Historiarum liber primus: In fine vero operis (sin folios ni reclamationes) ita: Herodoti Halicarnasei patris historiae traductio in latinum habita fuit eruditissimum Laurentium Valensem singularem nostris temporibus (siguen tres abreviaturas) sub Nicilao V, Sumo pontifice. Venetiis impresum est hoc opus per Jacob. Rubeun natione Gallicum. Anno Domini MCCCCLXXIV (1474). Nicolao Marcello duce Ven. (Edición rarísima en fol.) Después de lo cual sigue una epístola admirable y elegante de tres hojas con este epígrafe: Integerrimo atque optimo Patricio Nicolao Donato Benedictus Brognolius saluten pluriman dicit. (Tenía también otra edición de los libros de Herodoto de 1592).

Herolt (Fr. Joannes).—Registrum in sermonibus de tempore, 1497, in 4.º

Hieronimus (Divus).—Prologus in libros vet. Patrum Sanctor.: et in fine ita legitur: Impresum Venetiis per Octavianum Scotum Modaciensem in sexto décimo Kalendas Martii. MCCCCLXXVIII (1478), Joanne Mocenico imperante inclito Venetiae duce, in fol.

Idem Dialogus de Infirmorum consolatione. Editus anno 1473, absque loci nec typografi expresione, fol. (Tenía también: Opera Omnia ex Desiderii Erasmi castigata editione. Lugd, 1530. 9 tomos en 6 vol. y Eiusdem vitae; Epistolae adversus hereticos; et Quaestiones hebraicae, París, 1578, en fol.)

Historia naturalis. El Libro de proprietatibus rerum trasladado del latín en romance por el Rdo. P. Fr. Vicente de Burgos, imprimido (sic) en la noble ciudad de Tolosa por Enrique Mayer de Alemaña (sic), 1494. Su autor es Fr. Bartolomé Anglo Franciscano.

Joannes. Comprehensorium, in fol. *Presens huius Comprehensorii praeclarum opus Valentiae Impraesum, Anno 1475 die vero 23 mensis Februarii finit feliciter.*

Josephus: Judeus historiografus. Prologus in Libros Antiquitatum et in fine operis ita: Impresum Venetiis per Raynaldum de Noviomagio. Anno Domini MCCCC. . . . decimo die maii. (No indica el año exacto, pero como fué editado por el mismo de la obra siguiente, puede señalarse una fecha muy aproximada al 1480.

Josephi Mathathiae filii hebrei genere Sacerdotis et Hierosolimis de bello Judaico in libros septem prologus per Rufinum Aquilensem ductus. In fine vero ita: Impresum in inclita civitate Veneciarum per Magistrum Raynaldum de Noviomagio alemanum. Anno Salutis MCCCCLXXXI (1481) ultima die Martii, 2 vol. in fol.

Josephus Machaciae (sic) filius Haebrae generis Sacerdos ex hyerosolymis *De Bello judaico*, fol. Impressum in inclita Civitate Veronae per Magistrum Petrum Maufer Gallicum. Anno Salutis 1480-8 kal. Januar. Pontif. Max. Sixto IV, et illustmo Venetorum duce Jo. Mocenigo. Tenía también la edición hecha en Amberes en 1554 de los veinte libros de Flavio Josefo de las antigüedades judáicas y su vida con otro libro suyo del imperio de la razón, en el que trata del martirio de los Macabeos todo nuevamente traducido del latín al castellano y la edición de Lugd, 1538, 39 y 46, tres tomos en 8.º)

Isidorus. Dialogus de Spirituali Consolatione, editus anno 1473, absque loci nec typographiae expresione.

López de Mendoza (D. Iñigo, Marqués de Santillana).—*Los proverbios* con su glosa, por el Dr. Díaz de Toledo, con el tratado de *Providencia contra fortuna*, compuesto por Diego de Valera. Sevilla, por Menardo Ungut Alemán y Estanislao Polono, compañeros, 1494, en 4.º

Lucanus (M. Annaeus).—Cum comentario Omniboni Vincenti: Ve-

netiis Octaviani Scoti nec non Bartolom. de Zanis de Paterno, Anno Dni. 1492, fol. (Tenía una edición de las poesías de éste hecha en Burgos, 1588, traducidas por Manuel Laso de Oro).

Macrobius (Aurelius Theodosius).—Vir consularis et illustris in somnum Scipionis et Saturnaliorum Libri. Brixiae per Binium de Boninis a Ragusia, 1485 die XV Maii, fol.

Magnus (Fr. Jacobus).—Sophologium. Ex editione circa anno 1470, in 4.^o

Mamotretus.—Super Bibliam. Venetiis MCCCCXVIII (1498) in 8.^o

Mela (Pomponius).—De Situ Orbis. Valentiae apud Lambertum Palmart Alemanum, 1482.

Idem Opus. Venetiis apud Echardum Radolf. anno 1482, in 4.^o (Poseía también la edición de Salamanca, 1538, dos de París de 1513 y 1551, la de Antuerpiae, 1582, la de Lugd. Batav, 1748 y las de Madrid de 1642 y 1644. Casi todas con comentarios).

Mena (Juan de).—Las trescientas glosas por el Comendador Fernán Núñez de Toledo. Sevilla, por Joannes Pegnizer de Nuremberg, y Magno y Thomas Compañeros, 1499, fol.

Idem La Coronación a Dn. Iñigo López de Mendoza, sin nombre de lugar, 1492, fol. (Poseía además Coplas contra los siete pecados capitales. Alcalá, 1566. Sus obras con glosa. Anvers, 1552. Compilación de todas sus obras. Esto es, las trescientas con otras 24 coplas y su glosa; la Coronación de las coplas de los siete pecados Mortales (sic) con otras Cartas, Coplas y Canciones suyas agora nuevamente añadidas. Valladolid, por Juan de Villaquirán, 1540, en fol.)

Mexia (Ferrando).—Nobiliario vero. Sevilla, por Pedro Brun, 1492, en fol.

Missa. Canonis Missae Interpretatio pervetusta.—Salmanticae, 1499, in 4.^o

Nebrjensis (Ael. Ant.).—N. B. El entusiasmo de Velasco por este autor le demuestra el que le dedique 17 hojas del catálogo).

Dictionarium.—Impresum Salmanticae anno a natali Christiano, 1492.

Idem. Grammatica cum commentis; ad calcem: Impresum et finitum est hoc opus brissensis (sic legitur) per Magistrum Joannem Rosembach Alemanum in principalissima civitate Barchinone anno Domini 1497, in fol.

Idem. La edición de la Gramática, dedicada a Isabel la Católica, impresa en Salamanca en 1492.

Idem. Introductionum latinarum, secunda editio, Burgis, per Fredericum Alemanum, 1493.

(Continuará)

MATEO ESCAGEDO SALMÓN



CLARÍN Y MENÉNDEZ Y PELAYO

Fueron varias las circunstancias que promovieron y facilitaron la corriente de cordialidad entre don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Leopoldo García-Alas. Condiscípulos, aficionados a la cultura clásica, que gustaron con fruición, si bien en grado y proporción distintos, dotados uno y otro de facultades espléndidas para la labor crítica, aunque la realizaran de muy diferente modo y con desigual vuelo, asturiano «Clarín» por su abolengo y con el cuerpo y el alma, y ligado a Asturias por su padre, nuestro sabio maravilloso, es natural que entre ellos existiese, arraigada, la simpatía personal mutua.

Menéndez y Pelayo y Alas coincidieron en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, en las que fueron alumnos descolantes, guardando un recuerdo cariñoso para parte del profesorado. Don Marcelino en un discurso académico —o universitario— escribió doloridas palabras de homenaje a dos de sus maestros fallecidos por aquel tiempo: Camus («Maestro igual de literatura clásica ¿cuándo volveremos a verle en España?», dijo Menéndez y Pelayo) y García Blanco (que, como escribió también el profesor santanderino, era «por lo tocante al hebreo, la antigua escuela española hecha hombre») (1). Alas en *Ensayos y revistas* dedica frases, que expresan su gran pesar, a la muerte de Camus, y se lamenta del fallecimiento de García Blanco.

(1) «Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1889 a 1890 por el doctor don Marcelino Menéndez y Pelayo, catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras. Madrid, 1889». «Clarín» en *Apolo en Pafos*, al combatir la constitución de la Academia Española, defiende a varios académicos y consigna su opinión de que debieran haberlo sido García Blanco (página 59) y Camus (página 66).

Menéndez y Pelayo alabó las empresas críticas de «Clarín» con estas enaltecedoras palabras: «Para probar que está —la crítica de las obras contemporáneas— en buenas manos, y que en ellas debe quedar, sin que nadie, y menos yo, intente la competencia, baste traer a la memoria los nombres de L. Alas, tan rico de felices intuiciones, tan original y agudo en su pensar, tan varia y profundamente versado en la cultura de nuestros tiempos...» (1).

El sagaz literato ovetense sintió de por vida una tan motivada como grande admiración a Menéndez y Pelayo, la cual debe ser singularmente satisfactoria para los que profesamos incondicional devoción al coloso santanderino.

Separados por un abismo Menéndez y Pelayo y «Clarín» en los más transcendentales sillares de la filosofía, adversarios en la política y pertenecientes a dispares orientaciones universitarias, supieron, lo que no deja de ser peregrino aun entre personajes tan sobresalientes, hacerse justicia el uno al otro con imparcialidad merecedora de estimación.

Un buen santanderino, pariente por la sangre del prodigioso erudito montañés, profesaba la más cariñosa veneración a su ilustre deudo, sin que se recatase de expresarla mediante esta ponderación: «¡Marcelino! ¡Vaya hombre! ¡Menudo historiador!». Aunque el ingenuo apologista de su preclaro pariente no acertase a destacar en don Marcelino más que su profundo conocimiento de la historia, mostrábase como buen «hijo de Santander» al tributar su encomio a Menéndez y Pelayo, y hasta lo hacía con mayor exactitud que aquellos raquerillos que al explicar el por qué del grandioso homenaje que Santander ofreció al cadáver del artista sabio, decían: «valía mucho don Marcelino, aprendió a hablar el francés en dos días» (2).

Mas si se ha dicho que la voz del pueblo es la voz de Dios, y lo es, en efecto, respecto de los atributos que el Señor haya concedido al pueblo como sér o compuesto social, háse dicho también que el número de los necios es infinito, por lo que conviene tomar en consideración las opiniones de los que consta con certeza que no están comprendidos en la cantidad enorme de los que de la necedad se hallan atacados. «Clarín», crítico de calidad, sincero y duro, merece ser tenido muy en cuenta en lo que en varias circunstancias opinó sobre Menéndez y Pelayo.

En «...Sermón perdido», por «Clarín» (Leopoldo Alas) (Crítica y

(1) «Menéndez y Pelayo». Estudios de crítica literaria. Cuarta serie. Madrid, 1907, pág. 286.

(2) Si alguno proyecta escribir extensamente sobre «los hijos Santander», continuando lo consignado por don Enrique Menéndez y Pelayo en sus *Memorias*, tome nota, si para algo le sirviere, de lo que un «hijo de Santander» manifestó, doliéndose de lo que juzgaba ingratitud de nuestra ciudad para uno de sus célebres escritores: «Santander se ha portado mal con don Amós de Escalante; ¡miren ustedes que no haberle hecho ni concejal!».

sátira) Madrid, 1885, escribió, como puede ver el lector en las páginas de la 259 a la 263: «A Menéndez y Pelayo con motivo de la publicación de sus poesías». Epístola joco-seria, en estilo familiar y verso libre e independiente:

Sucede por recóndito motivo,
Quizá patente a la futura ciencia,
Que después de lecturas agradables,
Donde el verso feliz se ve enlazado,
Como en telas briscadas hilos de oro,
Al pensamiento, cuyo aroma exhala,
El constante lector en su cerebro
Repite, sin querer, el sonsonete
Del cadencioso ritmo, y habla sólo
En verso pobre que le da jaqueca.
—Después de deleitarme en el encanto
Del libro que me mandas, vaso lleno
De la miel del Himeto consabida,
Quiero escribir en prosa la alabanza
Digna de tí; pero, rebelde, el curso
Tuerce mi númen (por la vez primera
Le llamo así), para escribir en verso
De puro libre, casi demagogo.
¡Versos! ¡Y de Clarín! Prohibido tiene
Mi pobre ingenio el trato de las Musas;
Crítico soy, lo dicen los diarios;
El subsidio industrial también me toma
Por crítico no más. En hora buena.
Renuncio a la sagrada pöesía:
Conste que escribo en prosa hasta los versos.
—Y ahora hablemos de tí. ¡Feliz mil veces
Tú que sabes vivir a un tiempo mismo
En *Las Cuatro Naciones*, y en *Atenas*!
¡Poder de la abstracción! Yo quiero en vano
Olvidar que el tendero de la esquina
Fué miliciano nacional, y sabe
Que los dioses se van, o ya se fueron.
Ayer topé con él; le dí tu libro.
¡No puedes ni soñar qué cara puso!
«¿Versos de Marcelino? ¿Ese Menéndez
Oscurantista, memoriön insigne,
Butifarra de griego y latinajos?...

¡Buenos versos serán! La pōesía,
 Señor hidalgo, prosiguió, la quiero
 Espontánea, brotando de repente
 Como Minerva... En fin, lo que asegura
 El crítico del *Eco de las masas*,
 Hombre que, sin estudios, sabe tanto
 Como pueden saber cien Marcelinos.
 Y lo que dice el crítico, la ciencia
 Flores de estufa da, no las que brotan
 En primavera en los incultos prados.
 ¿De qué sirve saber, si no se sabe
 Sentir de veras, y cantar a Riego,
 Y al vapor, y al telégrafo y al santo
 Derecho de votar en los comicios?
 Dadme el poeta que, estusiasta, siga
 De lo futuro la invisible senda,
 ¡Qué me importa el latín ni lo pretérito!
 Los muertos ideales»... y seguía
 Diciendo desatinos que le enseña
 El crítico del *Eco de las masas*.
 Feliz tú, que en la tienda retirado,
 No vienes a luchar en las pedreas
 De las callejas con la prensa libre!
 ¡Triste suerte la mía, porque adoro
 El arte, como tú, puro, exquisito...
 ¡Pero soy liberal, como el tendero!
 Yo ni el talento, ni el saber, tan raro
 En mozos de tu edad, ni la galana
 Forma del noble estilo, ni la gloria,
 Nimbo ya de tu nombre celebrado,
 Envidio, porque tengo la fortuna
 De saber admirar en frente ajena
 Lauros que nunca ceñirán la mía;
 Y sé, por bendición del alto cielo,
 En el silencio de mi hogar el llanto
 Deleitoso sentir, cuando lo mueve
 La sublime ternura que me causa
 El contemplar bellezas que crearon
 Los hijos de mi patria y de mi tiempo.
 Yo lloro con Galdós, mas no de pena,
 Con lágrimas que el arte sólo arranca;
 Lloro de admiración; lloro contigo

Cuando leo los versos en que dices,
 Sin querer descubrirlos, los secretos
 De tus entrañas, que, con ser un sabio,
 No se libraron de común cadena.
 Otra gloria mayor ni más ventura
 No quiero merecer: amar el arte,
 Y amarle más, si es obra de los míos.
 —Y tú eres de los míos, porque, entiendo
 Que no sólo del aula fuertes lazos
 Nos juntan a los dos; porque yo, heleno,
 Aunque indigno, también *nací en Arcadía*,
 Amé la Grecia como tú, mis ímpetus
 Volaron hacia allá; crucé las islas,
 Posando en todas de las alas de oro
 De mi soñar el vuelo infatigable...
 Mas tuve que volver, que me llamaron
 A la prosa del mundo grandes voces.
 Y aquí me tienes, explicando en cátedra
Las Armonías... de Bastiat. ¡Siquiera
 Fuesen las de Pitágoras sublime,
 Que escuchaba los himnos de los astros!
 ¿Qué más? Hasta el amor me salió en prosa.
 ¿Tú amaste a Aglaya, a Lidia y a Epícaris?
 ¡Pues bien! ¡Mi amor se llama Pepal!
 Eso te envidio: tu vivir sereno
 En la región que Admeto dominaba,
 Apolo desterrado, que en el mundo
 Tienes los pies, con el disfraz sencillo
 De mísero pastor, mas con la mente
 Tocas el cielo eterno, donde habitan
 Venus y el dios que esparce los perfumes
 Al otorgar, doblando la cabeza».

En «Solos de Clarín» se ocupa repetidas veces de Menéndez y Pelayo. En la página 19 se pregunta: «¿Quién continuará, quién perfeccionará la obra de Amador de los Ríos? ¿Quién será el que, sin temeridad, se atreva a coger la pluma que él dejó colgada, y a continuar la historia de nuestras letras en aquel siglo de renacimiento en que el trabajo queda?

Será el ilustre joven —Menéndez y Pelayo— que le sucedió en la cátedra? Quién sabe.

Veamos quién es... en el artículo siguiente». En el artículo siguiente,

consagrado a Menéndez y Pelayo (1), hay varios párrafos que me interesa queden copiados aquí:

«Desde luego aseguro que yo no te pareceré sospechoso; Menéndez y Pelayo es tradicionalista y católico a macha martillo (son sus palabras); yo casi un demagogo, y «*en punto a religión... la natural*», como dijo el especiero de Espronceda. Y, sin embargo, cuando después de largos intervalos de tiempo nos vemos, Pelayo abre gozoso y expansivo los brazos para recibir en ellos al antiguo condiscípulo; y yo con placer acojo sus sinceras demostraciones de aprecio, y con alegría y entusiasmo admiro los progresos que en los meses o años transcurridos ha hecho el espíritu singular de mi buen amigo.

Cada vez que le veo le encuentro con una lengua, muerta o viva, de más. Cuando él andaba tan ocupado con los asuntos de sus oposiciones, se me ocurrió preguntarle: Y de griego, ¿qué tal? Precisamente el griego era lo que le tenía atareado. Lo sabía quizá mejor que el latín...

Los que llaman al griego *gringo* tienen a Menéndez Pelayo por un erudito más de la clase de los *mures*; creen que todo se vuelve citas y que tiene los ojos cegados por el polvo de las bibliotecas, y que no ve, por consiguiente, la clara luz de la belleza.

Verdad es que mi amigo anda a veces entre ese polvo; pero, como decía el *Anticuario* de Walter Scott: el polvo ciega sólo a los que levantan polvareda. Hay eruditos así, que no aprecian un códice vetusto si no está comido de la polilla y con una vara de moho sobre el lomo; Dios les perdone la manía, y les conserve con ella y todo, por que son útiles. Menéndez y Pelayo no es de esos. Con imaginación más fresca y vigorosa que la que necesitan muchos jóvenes del día para imitar malamente a Campoamor o a Bécker (*sic*), Pelayo vé al través de los códices carcomidos, de los pedantes vivos y muertos, del polvo y de la herrumbre, vé levantarse las edades que fueron con vida real, con sus pasiones, sus ideas, sus propósitos, sus hazañas, su literatura y su nota dominante en el concierto de la historia. Pero, entre todas las historias y todas las literaturas, Menéndez y Pelayo escoge las de Grecia y aun las del Lacio, en lo que éstas conservan el espíritu y la forma de lo que imitaron...

Nada más necesario para nuestras letras, tal como andan, que ese estudio prudente y *bien sentido* de la civilización clásica y de su literatura; nada más digno de admiración que ese espíritu encarnado en un joven como Pelayo, que sin precedentes próximos sin más atractivo poderoso y de cuenta que la propia inspiración, se arroja hoy por tan desusado camino, expuesto a que nadie le siga y se aprecie mal y poco el valor de su esfuerzo...

(1) Páginas de la 21 a la 25.

Ese espíritu del clasicismo le representa ahora entre nosotros el joven santanderino, y acaso él sólo es quien lo comprende aquí y lo siente como es necesario para hacerlo fecundo. Amar lo antiguo por ignorancia de lo moderno, es achaque de algunos eruditos; pero amarlo conociendo lo nuevo, y por lo mismo, porque se echa de menos en éste lo que en lo antiguo existe, es otra cosa, y en este caso está Menéndez y Pelayo.

Para entrenar las horas de descanso en la Universidad, el entusiasta alumno solía recitarnos versos de Fray Luis de León (que prefiere a todos los poetas de aquel tiempo) y otras veces de Manzoni, o de algún poeta inglés, o portugués, o catalán... lo que se pedía.

¡Qué memoria! Y no quiero decir sólo ¡cuánta memoria! sino ¡qué buena, qué selecta!...

...yo no discutiré si Menéndez y Pelayo merece o no haber entrado en la Academia; pero te aseguro que jamás en mi carrera, ni en mi vida, encontré un joven de tan peregrinas dotes.

Más joven que todos sus condiscípulos, a todos nos enseñaba; al que necesitaba recordar los difíciles nombres de los poetas árabes para decírselos a Amador de los Ríos, Pelayo le servía de texto, mientras a otros nos encantaba recitando versos provenzales, italianos y hasta griegos»...

En la página 269 del mismo libro alude también a Menéndez y Pelayo.

En el primero de los *Folletos literarios* (1) escribió: «No todos se dedican en Madrid a salvar el país sin hacer nada. Si hay tantos ciudadanos que no leen ningún libro, aquí tenemos un joven que los lee todos.

Son las doce del día. El comedor está en el piso bajo, casi en la calle; coches y carros ruedan a pocos pasos con estrépito horribilísimo, haciendo temblar los cristales; los revendedores ambulantes gritan sin freno; los chiquillos alborotan, pregonando periódicos; el ruido es como si se estuviera en medio de la calle del Arenal. Junto a una columna de hierro, con la puerta de la calle a un metro de la espalda, sin sentir el frío que entra por aquella boca abierta constantemente, Marcelino Menéndez y Pelayo almuerza de prisa y corriendo, y al mismo tiempo lee un libro nuevo, intonso, que él va cortando con su cuchillo. Entran y salen comisionistas franceses, italianos y alemanes, principal elemento de esta fonda; algunos candidatos (no podía menos) a la diputación a Cortes; y en medio de la confusión y el estrépito, él estudia y medita, como pudiera hacerlo un asceta en la Tebaida. De vez en cuando levan-

(1) *Un viaje a Madrid*, por «Clarín» (Leopoldo Alas). Madrid, 1886.

ta los ojos, suspende la lectura y la comida para deglutir un bocado y digerir una idea; sonríe, pero no es al comisionista inglés que tiene enfrente, sino a los pensamientos que le bullen a él mismo en el cerebro. Y así vive Menéndez Pelayo hace diez años; en una fonda de las más bulliciosas, de tráfico incesante, donde comen bien los que tienen estómago de comisionista, pero mal los de estómago delicado.

Hace años, el sabio menor de edad parecía enfermizo, por lo menos endeble y nerviosillo; en efecto, tenía que cuidarse, pasaba malos ratos, no se sentía bien; pero el estar enfermizo le robaba algún tiempo, y esto no podía continuar; decidió tener salud completa y ya la tiene; está más grueso, de mejor color, digiere piedras y libros, y no le hace daño leer mientras come. Esta salud, necesaria para sus estudios, la debe Marcelino, más que a los médicos, a su propia voluntad, que es de hierro.

¿Cómo este benedictino de levita fué a parar a una fonda en la que tiene por celda un cuartucho en que penetran todos los ruidos del tráfico madrileño? ¿Por qué vive años y años como un viajante? No se sabe. Galdós opina que toda la filosofía de esto es la siguiente: Llegó Menéndez Pelayo de Santander a la puerta de la estación del Norte; oyó que gritaban muchos caballeros con galones en la gorra: «¡hotel de Rusia! ¡hotel de la Paix! ¡Cuatro Naciones!»... y Menéndez Pelayo, que venía pensando en la casa romana de Pana o en la de Championet, se dejó llevar donde quiso el primero que topó con él; y desde entonces vive como vive, sin darse cuenta de ello. Al verse en el portal de la fonda, creyó ver el patio de la casa de Salustio, y reconoció el lienzo que contiene la pintura mural de Acteón, y vió las columnas del *plateus*, y luego el *tablinum* y las *fauces* que dejaba atrás... ¡Oh! el lujo, la grandeza y la paz silenciosa los lleva Marcelino en el alma...

Si el ruido material y grosero no le altera, tampoco le da jaqueca ni menos le atolondra el ir y el venir de las ideas modernas, el flujo y el reflujo de la ciencia moderna; y en medio de sus batallas estrepitosas, vive y medita, aunque algunos que le conocen mal supongan que es un oscurantista que no sabe nada de los estudios contemporáneos y que desprecia los descubrimientos del día...

No, por cierto; M. Pelayo lee así lo nuevo como lo antiguo; tiene al dedillo la estética flamante; sabe lo que piensa la psicología fisiológica; habla de Spencer y de Haeckel, porque los ha leído... pero como tiene pensamiento propio, como es un talento original y fuerte, tampoco turban el orden de sus ideas estos otros ruidos de la calle, estas entradas y salidas de franceses, ingleses y alemanes...

En Menéndez Pelayo lo primero no es la erudición, con ser ésta asombrosa; vale en él más todavía el buen gusto, el criterio fuerte y seguro y más amplio cada día, y siempre más de lo que piensan muchos.

Marcelino no se parece a ningún joven de su generación; no se parece a los que brillan en las filas liberales, porque respeta y ama cosas distintas; no se parece a los que siguen el lábaro católico, porque es superior a todos ellos con mucho y es católico de otra manera y por otras causas. Hay en sus facultades un equilibrio de tal belleza que encanta el trato de este sabio, cuyo corazón no ha perdido de la frescura entre el polvo de las bibliotecas: Menéndez va a los manuscritos no a descubrir motivos para la vanidad del bibliógrafo, sino a resucitar hombres y edades...

Sí, dígase alto, para que lo oigan todos; Menéndez Pelayo comprende y siente lo moderno con la misma perspicacia y grandeza que la antigüedad y la Edad Media; su espíritu es digno hermano de los grandes críticos y de los grandes historiadores modernos, él sabe hacer lo que hacen los Sainte-Beuve y los Planché, y resucitar tiempos como los resucitan los Mommsen y los Duncker, los Taine y los Thierry, los Maucaulay y los Thayer.

Es posible que quede a Marcelino algo del Tostado y del Brocense, pero es seguro que en la visión del arte arqueológico, de la historia plástica, llegue cerca de Flaubert, el que vió en sueños a Cartago y la catástrofe heroica de las Termópilas...

¿Cuándo lee tanto Marcelino? Que estudia cuando come, ya lo sabemos; pero esto no basta. El problema no tiene solución si no admitimos también que lee mientras duerme.

Sí, lee mientras duerme, así como tantos y tantos lectores, y algunos críticos duermen mientras leen» (1).

En el mismo folleto, página 31, reproduce «Clarín» las siguientes palabras de don Emilio Castelar: «El que vale muchísimo, pero muchísimo, es su amigo de V., Marcelino. Hace V. bien en ponerle en los cuernos de la luna. Yo le conozco ahora mejor, le trato más y me tiene encantado, etc., etc.» En la página 32: «Castelar trabaja en un tercer piso, Menéndez Pelayo ha dejado en Santander su biblioteca, que ya asciende a 8.000 volúmenes, y en su celda de las Cuatro Naciones sólo vemos los libros que necesita para el año presente».

En «Palique» (2): «Menéndez y Pelayo... (¿qué culpa tengo yo de que este señor trabaje mucho y sus trabajos sean notables?) ha publicado un nuevo tomo de su *Antología de poetas líricos españoles*, y continuando el muy erudito y profundo estudio que al principio de cada volumen va consagrado a la historia de nuestra antigua poesía, llega en esta parte a los más ilustres representantes del *saber de clerecía*, y merecen singular atención y particularísimo elogio las muchas páginas que

(1) Páginas de la 22 a la 30.

(2) «Madrid 1894. Palique, por Leopoldo Alas «Clarín»...»

dedica al famoso Arcipreste de Hita, al original y poderoso ingenio de Juan Ruiz...» (1).

«Menéndez y Pelayo, que es el académico encargado de dirigir y comentar la monumental edición del gran poeta —Lope de Vega— comienza su formidable trabajo en el tomo segundo, poco ha publicado, y que se titula *Autos y coloquios*.

Parece mentira que el insigne crítico que tantas lecturas y meditaciones viene consagrande a infinidad de escritores nacionales y extranjeros, antiguos y modernos, encuentre tiempo y paciencia para leer, examinar, cotejar, expurgar y clasificar los innumerables textos de Lope, muchísimos de los cuales le tienen a él por primer lector después de tiempo inmemorial. Menéndez y Pelayo ha aprovechado, y así lo confiesa, los trabajos de muchos predecesores, particularmente alemanes e ingleses; pero en la difícil materia de clasificar las obras dramáticas del Fénix de los Ingenios, se atiene a su propio criterio, que a mi juicio, bien humilde, es acertado, pues huye de encasillados retóricos para atenerse a más útil y práctica pauta...

Aunque es *frase hecha*... por mí, y dicha en otra parte, repetiré que al ver a Marcelino comentando a Lope, se me ocurre exclamar:

¡Entre monstruos anda el juego!

Porque ¿quién duda que Menéndez y Pelayo es el Lope de la crítica española?» (2).

«...hombres como Castelar y en determinada esfera de la actividad Menéndez y Pelayo, cifran gran parte su genio en la clara visión y en el amor intenso de esa patria histórica, en la compenetración original y espontánea del espíritu nacional, según se realizó en los siglos más gloriosos» (3).

«En España, donde Menéndez y Pelayo tan bien pintó las cualidades de la historia artística...» (4).

—«Porque según el Consejo de Instrucción pública, «no he escrito ningún libro».

—¿Pues esos veinte y pico que tienes ahí?

—Esos no los ha leído el Consejo.

—¿Hay algún otro que haya escrito libros y que no los haya escrito para el Consejo?

—Sí, hijo; Menéndez y Pelayo, que vale muchísimo más que yo.

—¿Ese es rey?

(1) Página 18.

(2) Páginas 24, 25 y 26.

(3) Página 36.

(4) Página 37.

—No, es sabio» (1).

En el segundo de los *Folletos literarios*: «¡Quién sabe si a Cánovas, que es en religión antropoformista, se le ocurrió alguna vez tener envidia a Dios, como positivamente se la tiene a Moreno Nieto y se la tiene a Castelar y a Menéndez y Pelayo» (2).

En *Apolo en Pafos*: «...que los inmortales verdaderos sabemos distinguir y poner sobre nuestra cabeza a los grandes ingenios, aunque sean académicos; y no creais que por acá se comete la injusticia de tener en poco a hombres como Castelar, Campoamor, Valera, Núñez de Arce, Tamayo, Menéndez Pelayo, Echegaray, Zorrilla, Alarcón, etc., etc. A éstos se les quiere a pesar de ser académicos, y sabiendo que muchos de ellos lo son por compromiso» (3).

En *Mis plagios*, tratando de la falsa imputación que le hizo Bonafoux de haber plagiado algunas de sus obras, escribió «Clarín» que retaba al impostor a que sometiera la cuestión a «escritores conocidos, y que hayan obtenido algún buen éxito literario; en fin, hombres de algún crédito literario» y a los tres primeros que cita Alas son Valera, Balart y Menéndez y Pelayo (4).

También en ese folleto: «¿Quién ha leído a todo Lope de Vega... a no ser Menéndez y Pelayo?» (5) y «Yo conozco en Madrid, y en muchas partes, demagogos del arte, partidarios de la igualdad de talento, que ven suprema injusticia en que se guarden más miramientos para criticar a Valera o a Menéndez Pelayo, que para censurar a un imbécil metido a literato o a un agiotista de la necedad y del mal gusto» (6).

En *Museum*: «Yo no sé lo que saben un Menéndez Pelayo, un Valera, etc., y no quiero parodiarlos» (7).

En *Un discurso*: «...de estas pléyades de sabios jóvenes, esperanza de un porvenir mejor que el presente, digo que tenemos ejemplares en España, por fortuna, aunque sólo fuera mi queridísimo condiscípulo el insigne y admirable Menéndez y Pelayo» (8).

(Continuará)

JOSÉ MARÍA G. RODRÍGUEZ-ALCALDE

(1) Página 195.

(2) «Folletos literarios. II. Cánovas y su tiempo (primera parte) por «Clarín»... Madrid... 1887» página 43.

(3) «Folletos literarios. III. Apolo en Pafos... por «Clarín»... Madrid... 1887», página 68. Alude también a Menéndez y Pelayo en la página 30.

(4) «Folletos literarios. Mis plagios... Madrid... 1888», página 41.

(5) Página 106.

(6) Página 131.

(7) «Folletos literarios. VII. Museum (Mi revista)... por «Clarín»... Julio 1890 Madrid...» páginas 11 y 12.

(8) «Folletos literarios. VIII. Un discurso, por «Clarín»... Madrid... 1891» páginas 46 y 47.



UN SORBETE

PARA NIÑOS Y PARA VIEJOS

Siempre fuí goloso. Sabed, si me convidáis a comer, que no me interesa el solomillo sonrosado, ni las trufas, ni la langosta a la americana, ni siquiera el *bouquet* del Burdeos.

Pero cuidado de que el tembloroso flan se bañe en almíbar bien requemado; que el bizcocho, de abundantes yemas, se esponje coronado de merengue y de guindas como rubíes, y, si es posible, que no me falten aromáticas fresas, como los capullitos de rosas, muy rebozadas de crema marfileña y azúcar cristalina.

Este placer sensual debe ser congénito a mi naturaleza, no estoy seguro.

¡Olvidamos tan pronto las dulzuras del pecho maternal!

Pero sospecho que aquella sensualidad debió nacer conmigo, porque hace más de medio siglo, mucho más, que me deleité con una golosina, y todavía me acuerdo de ella.

Lo raro del caso es que, andando el tiempo, sentí cruel amargor por el recuerdo de aquel deleite, y el sabor amargo se me filtra en el alma con más intensidad a medida que vuelan y se deshacen los días.

¿Os parece mentira? Pues, oidme, pequeñuelos.

Tenía yo ocho años. Os advierto que los ocho de entonces no eran como los ocho de ahora.

Hoy teneis vuestro sastre, andais en bicicleta por donde os agrada,

algunos de vosotros habeis ido a París y a Lourdes en automóvil acompañando a mamá, y nunca os falta una pesetilla para hartaros de pasteles, subir al tranvía, fumar un pitillo y hasta para ir a ver las maravillas de los cines.

¡Pero nosotros!... Gastaba yo con orgullo un gabán que se le quedó corto a papá. Era la hermosa prenda de paño de dos caras, y, en previsión del medro mío, no cortaron las mangas, dobláronlas por fuera, decorándome las muñecas con cuadros escoceses muy vistosos.

También fué una preciosidad mi casquete de paja, de gusto chinesco y complicada labor, con una borla colgante, cuyas inquietudes me hacían cosquillas en la oreja.

¡Andar libres y solos! ¡Qué disparate! La muchacha, (todas las muchachas eran viejas), nos acompañaba siempre para que no nos cogiera un carro. Se conoce que nuestros únicos peligros eran entonces los temibles arrebatos de los bueyes uncidos.

¿Viajes y dinero? Recuerdo que, por graves asuntos de familia, hice un solo viaje en la jaca que montó el espolique llevándome cogido por la cintura. Mamá, la previsora, me puso en el chaleco dos reales en plata, para casos extremos; y yo, temiendo perder aquel tesoro con los tragines del viaje, pedí que me cosieran el bolsillo, y así se hizo.

Los domingos me daban, para vicios, una moneda de dos cuartos, que, por mi debilidad, volaban al cajón del confitero, convertidos, mitad en caramelos y mitad en almendras garapiñadas. Así es que nunca pude realizar el ideal mío: tomar un sorbete.

Aquellos pináculos coloreados como la rosa y el canario, eran para mí el sueño de un supremo deleite. Cuando veía un mozo de café con el azafate lleno de las tentadoras torrecillas, me las tragaba con los ojos; y, con la ilusión, nadaba mi existencia en olas de almibaradas frescuras.

Pero había que esperar a que llegaran las dos hadas del hombre: la libertad y la fortuna.

Mi abuelo era un ángel de Dios: como que representaba para mí la magnificencia de los reyes magos.

Tenía siempre caramelos en los bolsillos. Cuando salíamos juntos me compraba paciencias, o alfeñiques encarnados, o estrellas de papel que con el aire giraban en maravilloso remolino.

Una tarde llegó mi abuelo a casa muy pensativo, y le dijo a mamá: "Tengo ganas de pasear con el niño. Ella, mirándole compasiva, le contestó: bueno; más niño es usted que él.

Mi madre siempre decía la verdad.

Salí con el abuelo. Yo no se qué diablillo tentador me puso en la mollera el deseado sorbete. Pensé, esta es la mía. Y con ese tono imperativo y mimoso de los niños que, por instinto, conocen su dominio, le pedí un helado al abuelito. No me respondió. Dominado yo por mi deseo irresistible y despótico, insistí en la demanda con tenacidad, de tal manera, que, mientras duró el largo paseo, no callé, repitiendo sin cesar... un helado... un helado... en monótona y acompasada canturía, muy capaz de aburrir y desesperar a un mártir.

Y el abuelo silencioso; pero al fin dominado, me llevó al Café Suizo. Parecióme que entrábamos en los palacios encantados de Aladino.

Llegó el mozo, y mientras restregaba el mármol de la mesa, dijo el abuelo: un sorbete; y yo, altanero y triunfante; exclamé: ¡Arlequín! ¡mantecado y fresa!

Colmado por la dicha contemplé allí, *para mí solo*, un helado de altísimo copete rebosando blandamente la mantecosa y azucarada nieve. con escolta de barquillos dorados y quebradizos, acostados en cuna de mimbres japoneses.

Lo que yo gocé no es para descrito. Parecióme que una brisa celeste refrescaba mi sangre, e hinchaba mi vanidad; y ciego y absorto por el deleite y la realización de mis ilusiones, ni ví ni oí nada hasta que el gorgoriteo del absorbente y último barquillo me anunció el fin de la golosina.

Saciado ya, miré al abuelo y quedé asombrado.

Por sus mejillas corrían dos lágrimas gordas y transparentes.

Las enjugó con disimulo. Urgó el bolsillo, pagó el helado, y cuando salíamos me besó en la frente, de tal modo, que todavía recuerdo el calor húmedo de aquel beso.

¿Por qué lloró el abuelo? Jamás lo supe.

Los niños no comprenden lo que martirizan a los viejos hasta que los reemplazan.

Vivió el abuelo en tiempos de tormentas nacionales, de guerras civiles y desastres financieros.

Desde la opulencia rodó el desdichado hasta el más estrecho y miserable vivir.

¿Por qué me amarga el recuerdo de aquel sorbete?

¿Es porque soy culpable de que mis antojos, mermaran el jugo misero del puchero cotidiano del abuelito?

¿Es que yo, cegado por el deleite, aumenté su dolor interno con mi cruel y caprichosa tenacidad hasta que rebosaron aquellas lágrimas memorables?

¿Por qué lloró el abuelo? Jamás lo supe.

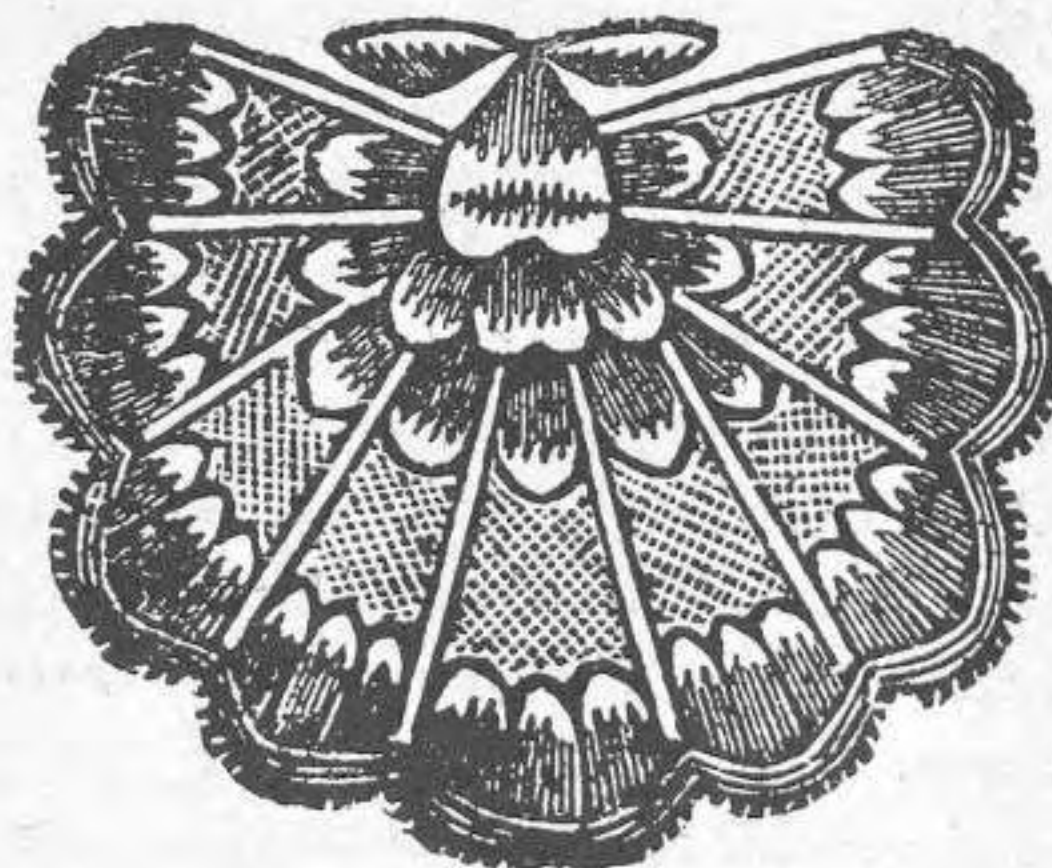
Solo sé que me amarga el recuerdo de aquel día.

Murió el abuelito; digo mal: los buenos y los mártires no mueren. Existe y me espera; no sé en donde, pero sé que me espera. Pronto iré a pedirle perdón; me lo anuncian las torpezas del cuerpo y los gritos del alma.

Decidme, vosotros, viejos amigos:

¿Qué misterio es éste que me ha conducido desde una bagatela tan lejana, pueril y efímera como la nieve, hasta las dulces esperanzas de lo eterno?

ANTONIO PLASENCIA



JABÓN

Aromas de la Tierruca

IDEAL PARA EL TOCADOR

La Rosario :-: Santander

Carbones

lubrificantes

INDATOS

SANTANDER

Las señoras *encontrarán en esta Casa,*

Librería Moderna,
Amós de Escalante, 10, una extensa, variada y elegante colección de preciosas Revistas de Modas nacionales y extranjeras, con los figurines del más refinado gusto y alta novedad.



**CABLES
DE
ACERO**

SOCIEDAD ANONIMA "JOSE MARIA QUIJANO"

FORJAS DE BUELNA
ACERO MARTIN -SIEMENS-
HIERROS COMERCIALES
ALAMBRES DE TODAS CLASES
GRIS, BRILLANTE, RECOCIDO, COBRIZO,
GALVANIZADO, ESTAÑADO PARA SOMIERS Y
ESTAÑADO PARA COSEN LIBROS,
REVISTAS, CAJAS DE CARTÓN ETC

SANTANDER

PUNTAS DE PARIS
TACHUELAS, SIMIENTE
ALCAYATAS, GRAPAS
ESPINO ARTIFICIAL

FUNDADAS EN 1873

ENREJADOS, TELAS METALICAS
CABLES DE ACERO
MUELLES, RESORTES
OTRAS MANUFACTURAS DE
ALAMBRE

La Compañía de Maderas Santander

Grandes almacenes de
maderas de pino del norte,
de pino Tea y de made-
ras finas

Esta Compañía tiene también fábricas
de aserrar y acepillar maderas en Bil-
bao, Madrid, Huelva, Alicante, Murcia,
Gijón, San Juan de Nueva (Ávilés)
y Pasajes

Banco Mercantil

SUCURSALES: Alar del Rey, Astillero, As-
torga, Barruelo, Burgos, Cabezón de la Sal,
Cistierna, Ciudad Rodrigo, Frómista, Guijue-
lo, La Bañeza, Laredo, León, Llanes, Ponfe-
rrada, Potes, Ramales, Reinosa, Sahagún, Sa-
lamanca, Salas de los Infantes, Santoña,
Torrelavega, Unquera, Valencia de Don Juan,
Cervera de Pisuerga, Palencia, Paredes de
Nava, Posada de Llanes, Santibáñez de Béjar,
Selaya y Villadiego

Capital. 15.000.000 de pesetas
Desembolsado. 8.400.000 »
Fondo de reserva. 13.600.000 »

CUENTAS CORRIENTES a la vista, 2,50 por 100
de interés anual.—DEPOSITOS a tres meses, 3,50
por 100 de interés anual; a seis meses, 4 por 100 de
interés anual.—CAJAS DE AHORROS: A la vista,
3,50 por 100 de interés anual sin limitación de canti-
dad.—CARTILLAS ESPECIALES: Disponible, con
preaviso de ocho días, 4 por 100 de interés anual.—
Créditos en cuenta corriente sobre valores personales,
Giros, cartas de crédito, descuento y negociación de
letras documentarias o simples aceptaciones, domicilia-
ciones, préstamos sobre mercaderías de depósito, trán-
sito, etc.; negociación de monedas extranjeras, afian-
zamiento de cambios de las mismas, cuentas corrientes
en ellas, etc.; cupones, amortizaciones y conversiones.
Operaciones en todas las Bolsas. Depósito de valores.
Caja de seguridad para particulares

Dirección telegráfica y telefónica: MERCANTIL

Corcho Hijos, S. A.

Santander - Calle de Recoletos, núm. 3 Madrid

Instalaciones y calefacción, ventilación y saneamiento en
toda clase de edificios :: Cocinas y servicios completos
de fumistería

Las instalaciones de esta clase realizadas últimamente en el edificio
de la Compañía Telefónica Nacional de España, dicen mejor que
pudiéramos hacerlo nosotros, nuestra competencia en la materia

Otras instalaciones importantes realizadas últimamente:
Hotel Cristina, Sevilla - Casino de Sevilla, Sevilla
Todas las instalaciones del primer edificio de la Ciudad
Universitaria, Madrid - Residencia de Estudiantes de
la Fundación del Amo

PLUMAS PARKER



Cuando necesite Vd. una pluma
estilográfica, vea las de esta marca
y después de comparar con otras,
decídase por la que le ofrezca
más garantías



Venta: LIBRERÍA MODERNA

— BENIGNO DIEZ —

Amós de Escalante, núm. 10. -- Santander



LA IBERO TANAGRA S. A.

FÁBRICA DE LOZA

ADARZO :: APARTADO 58 - TELÉFONO 2.085 :: SANTANDER

MEDALLA DE ORO Y DIPLOMA DE HONOR

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BARCELONA 1929

Artículos de loza fina para toda clase de servicios de mesa,
cocina, tocador y sanitario :: Especialidad en vajillas
finas, tipo inglés, estampadas :: Pida nuestra marca en
:: :: :: todos los comercios :: :: ::



**BODEGAS
UZCUDUN**

VINOS FINOS

SANTANDER - Teléfono 12-94

**GRANDES BALNEARIOS
DE
ALCEDA-ONTANEDA**

LOS MAS ACREDITADOS PARA LA
CURACION DE LAS ENFERMEDADES DE
LA PIEL, VIAS RESPIRATORIAS,
PROPIAS DE LA MUJER Y ARTRITISMO

GRAN HOTEL DE ONTANEDA

El de mayor confort y más esmerado trato

BANCO DE SANTANDER

FUNDADO EN EL AÑO 1857 Y CAJA DE AHORROS ESTABLECIDA EN EL AÑO 1878

Capital: 10.000.000 pts.-Fondo reserva: 9.000.000 pts.-Fondo previsión: 450.000 pts.

Sucursales: Alceda-Ontaneda, Ampuero, Astillero, Comillas, Espinosa de los Monteros, Lanestosa, Laredo, Osorno, Panes, Potes, Reinosa, Santoña, San Vicente de la Barquera, Sarón y Solares

Banco filial: BANCO DE TORRELAVEGA

(Capital 2.000.000 de pesetas) con sucursales en CABEZÓN DE LA SAL y MOLLEDO

Principales operaciones: Cuentas corrientes a la vista 2,50 % de interés anual. Cuentas corrientes con preaviso de ocho días 3,00 % de interés anual. Depósitos a tres meses 3,50 % de interés anual. Depósitos a seis meses 4,00 % de interés anual. Cuentas corrientes de moneda extranjera a la vista interés variable.

Cajas de ahorros: A la vista 3,50 % de interés anual sin limitación de cantidad. Cartillas especiales: Disponibles con preaviso de ocho días 4,00 % de interés anual. Los intereses se liquidan por semestres

Depósitos de valores sujetos a devolución sin previo aviso y a comprobación por los interesados durante las horas de caja, mediante la presentación de los resguardos. Cuentas de crédito, giros, cobro y descuento de cupones, órdenes de Bolsa y toda clase de operaciones de Banca

BALNEARIO DE CALDAS DE BESAYA

Aguas clorurado-sódicas, Bromuradas, Nitrogenadas muy Radioactivas. Temperatura 37°
Baños con agua corriente.

INDICACION

Reuma y Atritis en todas sus formas-Ciática
Neuralgias-Bronquitis-Asma bronquial
Cardiopatías, en las consecuencias de los traumatismos, etc., etc.

GRAN HOTEL DEL BALNEARIO

lujosamente reformado, inmejorable trato, asistencia completa de 14 a 30 pesetas, según habitación

**Material de construcción y artículos
de saneamiento**

Ladislao del Barrio y C.^{ía}

Casa especializada en instalaciones económicas
y cerámica artística

Pídanse nuestros catálogos ilustrados

Santander - Méndez Núñez, número 7